

CONTRABANDO DE EBANO

M. L. Estefania



**¡Dean Norton había descubierto,
sin querer, un pavoroso secreto!**



CONTRABANDO DE ÉBANO

M. L. ESTEFANIA
CONTRABANDO DE ÉBANO

1.ª EDICIÓN
MARZO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

122. — Pueblo de ventajistas. 148. — El pistolero del Sudoeste. 151. — Seis cartuchos. 161. — Nido de "gun-men". 165. — El imperio del "Colt". 414. — Trabajo para Mr. Death.

En Colección BUFALO:

112. — Nacidos para la horca.

En Colección PANTERA:

51. — Rural y pistolero

En Colección CONGO:

1. — Las joyas sagradas. 5. — Bulane. 9. — La pitonisa. 12. — Tragedia en la selva. 16. — La hija de la magia.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

En una fiesta benéfica de Palm Beach, en Florida, comenzó lo que había de convertirse en un dantesco asunto que costaría varias vidas a millares de millas de la playa elegante de los Estados Unidos.

Las elegantes damas que se encuentran periódicamente en la célebre playa de Florida, estudian el modo de allegar fondos para instituciones de caridad y que al mismo tiempo les permita divertirse.

Las fiestas que con tal motivo se organizan, son de lo más variado, ya que el ingenio humano es ilimitado.

Las mansiones que cuestan miles de dólares abren sus puertas a los invitados, que a la hora de la tómbola sienten saqueados sus bolsillos.

Las cifras que se recaudan son de verdadera importancia, habiendo años que exceden del millón de dólares.

En una de estas fiestas, se anunció que habría como espectáculo música y baile negroide, pero no lo que estaban acostumbrados a presenciar en las infinitas orquestas de músicos de color que tomaban parte en hoteles y salas de fiestas.

Se anunciaba que eran auténticos basutos de la selva africana, vestidos con su atuendo, acompañados por los tambores y el "sanci chope"

La noticia creó ese clima de expectación e interés que querían las organizadoras de la fiesta.

En la terraza de uno de los hoteles más elegantes y, por lo tanto, caros, de la ciudad, dos amigos comentaban:

—¿Crees que se trata de verdad de basutos de aquellas tierras?

—No. Es que estas mujeres, en su afán de sacar dinero no saben lo qué hacer.

—¿Irás?

—¡Qué remedio queda! Si no lo hago, me coloco en una situación de violencia que no me agrada.

—También iré yo. Ya me dirás qué te parece. Tú eres un conocedor de esos asuntos.

—Nos veremos en la fiesta, ¿verdad?

—¡Desde luego! No soy como tú, que dispones de tus actos... Has tenido la suerte de librarte del peor de los enemigos del hombre... Todas las fieras que mataste en África y sus repulsivas serpientes, son una pacotilla comparada con la mujer...

—Procura que no te oiga tu mujer...

Y Dean Norton se echó a reír.

Su amigo, Frank Rwan, marchó en busca de su esposa.

Dean quedó leyendo la prensa y saludando a los compañeros de hospedaje con quienes se encontraba cada año. Cuando él no se hallaba en África, donde pasaba la mayor parte del año, atendiendo su negocio de diamantes. Pues era uno de los Consejeros de la Compañía más fuerte del mundo de esta producción.

Su nombre, Dean Norton, era cambiado por los amigos por el de Diamond Dean. Y así era más conocido en los medios financieros del Este de la Unión, donde vivía, o donde, para ser más exactos, tenía la casa.

Era una presa para las jovencitas casaderas de las familias adineradas, pues era famosa su fortuna.

Sus negocios eran múltiples, pero él atendía especialmente a los diamantes, aunque, en realidad, era el pretexto para permanecer en África y no en la Ciudad del Cabo, donde tenía el domicilio la Compañía de Diamantes.

Se le consideraba una de las autoridades más completas en asuntos africanos, en unión de su amigo y profesor Bill Black, salido de Pretoria y negro el color de su cuerpo.

Cuando se reunían en Nueva York, donde Bill trabajaba, solían hablar en los diversos dialectos de aquellas lejanas tribus que se iban sometiendo y adaptando a la conveniencia con el blanco que le enseñó cultivos y le ayudaba en todo momento.

Junto a la mesa que ocupaba Dean, se hablaba de la fiesta anunciada para esa noche en una de las lujosísimas mansiones, propiedad, de un ricachón, dedicado a petróleos.

Escuchaba Dean los comentarios a la misma con una sonrisa.

Cuando más tarde estaba en el Club Náutico, no se oía hablar de otra cosa y se dio cuenta de que era obra de las patrocinadoras de la fiesta, quienes hacían el ambiente.

Escuchaba en silencio cuanto se decía de ese baile que estaban deseando presenciar, porque es en los Estados Unidos donde más admiración se siente hacia los temas de la música negra.

Estaba tomando un combinado cuando le tocaron el hombro por detrás.

Se volvió, encontrándose con unas jóvenes amigas de la playa y del hotel.

—Nos han dicho que tú conoces el idioma de esos negros... ¿Es verdad?

—Me parece que también vosotras lo entendéis, porque no hablan más que inglés.

—Entonces, ¿no es cierto eso que dicen de que han venido de la selva para damos a conocer sus danzas?

—Pues, no lo creo. Está muy lejos África para que hayan venido solo a eso. No conozco que haya en todo África una agrupación que se dedique como espectáculo a bailar. Lo hacen en cualquier fiesta de su pueblo, porque es la tradición que tienen y la forma en que se han transmitido el legado histórico desde milenios. Pero ¡por Dios! no vayáis diciendo por ahí que yo no creo en esos bailarines...

—Puedes estar tranquilo —dijeron a coro las tres muchachas al tiempo de marchar de su lado por haber visto a otros amigos.

Pero una hora más tarde y, ya en la playa, el comentario general era que Diamond Dean no creía en la autenticidad de los basutos.

Buscó a las tres jóvenes para amonestarlas por no guardar el secreto; pero ellas, que se dieron cuenta de la trascendencia de su indiscreción, le huyeron deliberadamente.

La familia Harriman, que eran los que daban la fiesta, al verle, le dijeron:

—Nos ha disgustado mucho lo que andas diciendo, Dean...

—No debéis conceder demasiada importancia a un comentario inocente por mi parte...

—Es que, con tus imprudentes palabras, vas a restar asistentes a la fiesta.

—Pues lo siento, porque no ha sido esa mi intención... Y os pido que me perdonéis.

—Debieras decir que estabas equivocado y que estás convencido de que son auténticos —dijo la señora de Harriman.

—Pero ¿lo son de veras?

—Así se nos ha asegurado a nosotros.

—¿Alguna agencia de espectáculos?

—No. Los ceden de la casa, de un capitán de barco que va por allí en busca de marfil.

Dean frunció el ceño y preguntó:

—¿Sabes cómo se llama ese barco?

—“Estrella del Sur” —contestó Harriman.

—No le conozco ni he oído hablar jamás de él —dijo Dean.

—Pues de eso sí que no hay duda. Todos los criados que hay en su casa, son de allí. Ya conocerás a su hija en la fiesta... Por cierto, que es una preciosidad de criatura... Aunque demasiado joven para tus espolones...

—¡Hombre!... —exclamó la mujer de Harriman—. Solo tiene treinta.

—Veintinueve, Berta, para ser más exactos —dijo Dean—. Lo que pasa es que estas canas que aparecen prematuramente en mis sienes me dan la impresión de mayor edad.

La llegada de otros amigos de los Harriman colocó a Dean en una situación más violenta.

—¡Hola! ¿Es Mr. Norton? —dijo una de las mujeres recién llegadas a la reunión.

—Sí...

Y los Harriman hicieron la presentación de Dean.

—Entonces es el que ha dicho que no cree en la autenticidad de esos negros...

—Yo no he podido decir eso, porque no habrá duda de que lo son —dijo sonriendo Dean.

—Dean está convencido ya de que son de veras basutos y que sus bailes han de ser algo que no olvidaremos, ¿verdad, Dean?

Este sudaba, porque no quería mentir y tampoco podía negar.

Una llamada de un amigo la consideró Dean como lo más oportuno de la vida.

Se disculpó sin responder y marchó de allí.

Como habían visto muchas personas a los Harriman hablando con Dean, dijeron que este había rectificado y que tenía la seguridad de que eran basutos auténticos. Añadían, para dar más valor a sus palabras que Dean les había visto y hablado con ellos en casa de Tim Robinson, el capitán que los cedía.

Cuando Dean conoció lo que se decía ahora, no cesaba de reír.

Estaba decidiendo no aparecer por la fiesta.

Seguía sin creer en los basutos y su situación iba a ser excesivamente delicada.

Era muy amigo de los Harriman y la finalidad de la fiesta le impedía mermar los ingresos.

Huyó de la playa tan concurrida y se refugió en uno de los bares modestos de la lujosa ciudad.

Le agradaba no ser conocido y poder permanecer sin necesidad de hablar de los negros, de la fiesta.

En el periódico que adquirió, leyó que había sido Nancy Robinson la que cedió parte de sus criados procedentes del África central, donde su padre comerciaba con marfil.

Esto empezó a interesarle y hasta admitía que fueran en realidad de allí los negros que iban a danzar por complacer a la joven.

Se añadía que aún no sabían hablar más que su idioma.

Con tales noticias, sus deseos de no acudir a la fiesta quedaron desterrados y hasta se sentía inquieto y nervioso, deseando que llegara la hora.

Suponía que después de lo que el periódico decía, los jardines de la mansión de los Harriman, aun siendo muy extensos, serían insuficientes para albergar a tanto curioso como habría de ir.

Se aseguraba que llegarían de Miami caravanas de coches y de curiosos.

Habíase fijado la cantidad de cincuenta dólares por persona el precio de la entrada.

Esto le sirvió a Dean para hacer cálculos de lo que iban a ingresar.

Lo que se recaudase iría destinado al hospital de la ciudad.

En la tómbola se subastarían objetos de aquella parte de África, también regalados por Nancy Robinson.

Dean preguntó al *barman* si conocía al capitán Robinson.

—¡Ya lo creo, señor!... Suele venir por aquí... Es un hombre rudo, de mar... pero espléndido a la hora de pagar.

—¿Sabe si es de aquí?

—No. Adquirió hace un año la finca que tiene... Está un poco al interior y cultiva tabaco y algodón en cantidad... Son trabajadores de sus plantaciones los que esta noche bailan en la fiesta de los Harriman. Es una lástima que no podamos ir nosotros, ¿verdad? Cincuenta dólares de entrada es mucho dinero y solo podrán hacerlo los que se hospedan en los hoteles de cincuenta pavos al día, ¿verdad?

—Tiene razón —dijo Dean.

Dejó que el *barman* atendiera a otro cliente y le dijo:

—¿Conoce su barco?

—Es uno de los viejos “Clipper”, de vela. Pero lleva motores potentes también. Hace unos meses que estuve a punto de embarcar de camarero, pero no tenía documentación especial y el Sindicato no me lo permitió. Yo no he navegado nunca, aunque ha de ser bonito... Sobre todo, ir a África...

Dean se desentendió de él.

Terminó de beber su tercer combinado y salió de allí, dando poca propina para que el *barman* siguiera creyendo que se trataba de un hombre poco adinerado.

Las noticias dadas por el *barman* le habían preocupado.

Y ahora estaba seguro de que iba a encontrar en la fiesta, basutos de verdad.

Lo que no comprendía, era cómo habían permitido en el país la entrada de tanto criado negro cuando estaba tan vigilada y restringida.

Recordaba que meses antes quiso traer a uno de los hombres que le ayudaban en las cacerías y no le fue posible, aun contando con buenos amigos en el Departamento.

Los basutos estaban en la parte controlada por Inglaterra, era cierto pero, aun así, no era fácil conseguir la entrada en la Unión de esos criados.

Pensaba que, si a los empleados de Inmigración se les ocurría deducir como a él, la hija de Robinson se iba a encontrar en una situación muy difícil, si su padre, ausente en esos momentos por estar en el mar, les había introducido clandestinamente.

La familia Harriman, ignorante de estos asuntos, estaba creando una terrible dificultad a esa inocente criatura, que, queriendo ayudar a los necesitados, cedía sus criados para la fiesta.

Estaba seguro Dean que de haber estado el capitán Robinson en Palm Beach no habría existido ese número en el festejo.

Y esto, le hizo desear conocer a la muchacha insensata que había cometido esa torpeza.

Cuando llegó al hotel para almorzar, todos le miraban curiosos.

Frank le llamó con la mano.

Berta, su mujer, saludó a Dean:

—¡Hola, truhan!... Eres el hombre más popular de Palm Beach con tus palabras de duda sobre esos salvajes.

—Pero ya está todo claro —dijo Frank—. ¿Verdad, Dean?

—Sí. Ya está todo claro. Berta, ¿tú conoces a esa Nancy Robinson?

—¡Ya lo creo! Y te aseguro que les sucede lo mismo a los jóvenes que hay aquí. Es la más bonita de la ciudad. Y muy agradable e ingenua, que es la mayor virtud en una chica de ahora... Parece una estampa arrancada de las revistas del siglo XVIII.

—¡Me gustaría saludarla!

—¡Yo te la presentaré!

—¿Podría ser antes de la fiesta?

—Creo que eso va a resultar un poco difícil... —dijo Berta.

—¿Por qué no vamos en el coche hasta su finca?

—Creo que está a más de cien millas...

—Tres horas... Un paseo... —añadió Dean.

—¡Ya te comprendo! ¡Tratas de comprobar antes de la fiesta lo que hay de verdad sobre esos negros salvajes...! No quieres presentarte ante los Harriman sin tener una seguridad en un sentido u otro...

—¿Por qué no usáis el teléfono? ¿Para qué creéis que existe? —dijo Frank.

Los dos se miraron y exclamó Dean:

—¡Tiene razón tu esposo! Y luego te atreves a dudar de su inteligencia.

Berta se echó a reír.

—No le interesa mi inteligencia —dijo Frank—. Con que tenga un talonario, es suficiente, ¿verdad, encanto?

—¡No me gusta el melodrama, ni a Dean tampoco! —aseguró Berta.

—¡Ah! ¿Sabes lo que le gusta a Dean?

—Y yo no soy una de esas cosas. Puedes estar tranquilo —añadió ella.

—No creas que soy celoso... Lo que no me agrada es hacer el tonto.

—¿Es que vais a discutir también ahora? —dijo Dean.

—Es nuestra forma de hablar. No te asustes —dijo Frank riendo.

Llamaron por teléfono a Nancy, pero no estaba en casa.

CAPÍTULO II

Lamentó Dean no haber podido hablar con Nancy antes de la fiesta.

Y una vez en ella trató de buscarla.

Fue la dueña de la casa, que tenía el mismo interés, aunque por distinta causa, la que le facilitó la presentación de la joven, que demostraba ser verdad lo que respecto a su belleza le habían dicho.

—Este es el joven que se ha permitido dudar de la veracidad de sus salvajes, *Miss Robinson* —dijo la señora Harriman después de presentados.

—Pues está equivocado —dijo Nancy, sonriendo de modo muy agradable.

Era esbelta, de ojos negros muy grandes y rasgados. La tez marfileña y la boca, lo más perfecto y encantador que Dean había visto hasta entonces.

El cabello a ondas caía por la espalda en una suave melena.

Dean creía estar ante la obra de un artista, pero fruto de la fantasía.

—He dicho que no creía, simplemente. No aseguré que no fuera cierto.

—Pronto se convencerá de ello —añadió Nancy.

Cuando la dueña les dejó solos, dijo Dean:

—¿Quiere que paseemos un poco? Me agradecerá hablar con usted...

La muchacha accedió y al estar solos en uno de los paseos del jardín, dijo Dean:

—¿Sabe su padre que iba a ceder esos criados?

Nancy le miró un poco intrigada.

—No —respondió—; pero...

—¿Sabe si esos salvajes entraron legalmente en el país? —interrumpió Dean.

—No lo sé, pero supongo que al estar en casa...

—¿Hace mucho que llegaron de África?

—Un año.

—Los desembarcó su padre directamente, ¿verdad?

—Pues... creo que sí; pero...

—Déjeme que sea yo el que hable. Conozco las dificultades que existen para que dejen entrar a un solo negro... No creo que su

padre haya conseguido autorización. Y si es así, se va a ver en un aprieto y tendrá que pagar una fuerte multa... Me parece que su padre recibirá un serio disgusto cuando se entere de todo esto.

—Pero... si no tiene importancia... Al conocer la finalidad de la fiesta, como les he visto bailar en la finca, creía que sería interesante y...

—¿Me permite un consejo?

—Diga.

—No deje que esos salvajes intervengan en la fiesta y, si le preguntan, diga que no son de allí, que se trata de negros de este país y que se han negado a intervenir por miedo a las consecuencias cuando se descubriera la verdad.

—¡Eso no es posible! Está todo el mundo pendiente...

—¡Hágame caso! Si quiere yo la ayudaré y seré el que diga que he descubierto la verdad y que no he dejado que se rían de nosotros.

La muchacha se sentía atraída por la sinceridad de las palabras de Dean y tuvo miedo de su padre si es que pasaba lo que Dean temía.

Dijo a Dean que su padre había encargado que no salieran de la finca por nada y para nada los salvajes traídos por él, pero que consideraba no tener importancia al dejarles que bailaran ante los invitados.

Dean sonreía y miraba con simpatía a la muchacha.

Pudo convencerla, no sin gran esfuerzo, para que le dejara actuar.

Buscó a los Harriman y expuso la comedia que había inventado.

Cuando habló así, ya habían hecho regresar en los camiones a los salvajes otra vez a la finca y pidió al negro, que se entendía a duras penas con ellos, que vinieran los que eran del país, por si acaso.

Los Harriman protestaron y dijo Dean:

—Ha sido engañada la pobre muchacha... No es culpa suya. Yo lo diré a todos.

Y así lo hizo Dan por medio de los altavoces.

La contrariedad de los asistentes pasó pronto al enfrascarse en el baile.

Dean estaba al lado de Nancy.

—Creo que estaba usted en lo cierto... Cuando se enterara mi padre, me iba a costar un disgusto con él...

No quiere que salgan de la finca... No he debido hablar de ellos...

—Ya ha pasado. Todos están seguros de que ha sido usted engañada.

—Sí. Se lo agradezco mucho.

Pasaron la velada juntos, porque se escaparon de la fiesta con el pretexto de que era violento para ella.

Pasearon por la playa y visitaron una *boîte*, donde bailaron unas horas.

Terminada la noche, la llevó Dean a su casa, prometiendo que volvería al día siguiente.

—¡No has debido traer a nadie a esta casa! —dijo el que corría con todo; una especie de administrador.

—No podía evitarlo... ¡Es un gran muchacho! Me ha prestado un gran favor.

Y refirió lo que había pasado.

—Te lo hubiera prohibido yo, de saberlo, pero acabo de llegar de Georgia. Tienes razón que “nos ha prestado” un gran servicio. Se ve que es hombre inteligente... Pero no debe venir a esta finca.

—Lo hará mañana...

—Cuando llegue, marchas con él. Nada de enseñarle las plantaciones...

—Es que si él me lo pide...

—Pues te disculpas como sea. Y después de esta entrevista, marcharás a Georgia. No has de verle más...

—¡Es un muchacho que me encanta! Tiene algo blancas las sienes, pero es joven. Me lleva solamente seis años...

—¡Harás lo que digo! —gritó Benjamín, que así se llamaba el administrador.

—¡No me grite! Se olvida que soy mayor de edad y que puedo hacer lo que quiera.

—Tengo instrucciones de tu padre y las cumplirás.

Nancy creía que eran los celos, porque sabía que estaba enamorado de ella y se lo había dicho varias veces, sin que le concediera importancia.

Por eso no quiso seguir discutiendo más.

Mientras se quedaba dormida, pensaba con placer en lo bien que lo había pasado en compañía de Dean, y daba gracias a lo que pasó con los negros, ya que fue lo que le permitió conocer a ese hombre.

Durmió intensamente y pasó las horas hasta la noche pensando y pensando en Dean.

Benjamín no apareció por ningún lado.

A la mañana siguiente, esperaba la visita de Dean. Pero este no apareció en toda la mañana y a la hora del almuerzo llamó por teléfono al hotel en que sabía se hospedaba.

Cuando dio su nombre, le dijeron:

—Ya hemos dado su recado a Mr. Norton, *Miss Robinson*. Lo hicimos cuando, al parecer, se disponía a ir a su casa...

—¿Qué recado? —dijo inocentemente ella.

—Que no estaría en casa en unos días porque marchaba a Georgia.

Nancy, sin responder, colgó el auricular y buscó a Benjamín, que estaba segura era el que había llamado por teléfono.

Pero no le encontró y, montando en el coche, marchó valientemente al encuentro de Dean.

Más antes de salir de la finca se encontró con Benjamín, que le dijo:

—No debes ir a ver a ese Norton si quieres que tu padre no sufra las consecuencias... No te diría nada de no insistir estúpidamente.

—No quiero que se meta en mis cosas.

—No he tenido más remedio porque preveo lo que va a pasar...

—No le importe que me enamore de ese hombre... Ya sabe que no le amare nunca a usted...

—No se trata de eso... Es de tu padre, que se halla en peligro y que serás tú la que le hunda de seguir en esta actitud con ese hombre... Es lo que busca: pruebas y las tiene aquí en esta finca... Aunque ya he hecho marchar a los basutos y tú tienes que decir, si viene él, que no hay ninguno. ¿Los vio la otra noche?

—No; pero sabe que existen.

—Le dices que le engañaste...

—No comprendo qué es lo que pasa aquí y me da miedo...

—Nada pasará si engañas a Norton y le dices que no hay basutos aquí.

—No me creerá y será peor... Si están aquí sin autorización, se legaliza su situación y todo arreglado.

—Tú no entiendes de estas cosas. Déjalo así hasta que venga tu padre.

La muchacha quedó pensativa.

No estaba de acuerdo, pero no quería decir a Benjamín la verdad.

Sin embargo, habló tanto este de peligros hacia su padre por parte de Norton, que no se atrevió a ir a verle.

Fue este el que se presentó en la finca cuando ella seguía discutiendo con Benjamín.

La muchacha sonrió a Dean y le dijo que había tenido que volver con la idea de marchar en el acto y que iba a la ciudad para saludarle y pedirle perdón.

—Es mejor que lo hablemos por el camino. Puede dejar aquí su

coche. Yo la traeré —dijo Dean.

La muchacha miraba a Benjamín y, dándose cuenta de lo peligroso que era seguir allí hablando con Dean, dijo a Benjamín que llevara su coche hasta la casa.

—Debes marchar cuanto antes... Ya sabes que aquello no puede esperar.

—Puedo perder unas horas con este amigo... No tardaré mucho...

—Es que...

—No será mucho lo que tarde —dijo Dean ayudando a subir a la muchacha a su coche.

Dióse cuenta del miedo que tenía Nancy y de que estaba muy pálida. Pero no dijo nada.

En vez de entrar en la ciudad, detuvo Dean el coche en un merendero de la gasolinera y dijo a Nancy.

—Podemos estar aquí una hora...

Ella no se opuso.

Supo tratar a la muchacha y fue ella la que le dijo, sin ocultar nada, lo que había pasado con Benjamín.

—Y me enteré de ese recado, al llamar yo, sorprendida por tu tardanza. Me extrañaba que no cumplieras tu palabra de venir a buscarme...

Lo que no le dijo fue que habían llevado los basutos a Georgia, pero tampoco se atrevió a decirle que le había mentido.

—¿Dónde han llevado a esos negros? —preguntó Dean.

Ella no sabía qué resolver y optó por decir la verdad en todo.

—Por todo esto —dijo Dean sospecho que hay algo grave... Es mejor que yo lo sepa para que pueda ayudarte en el caso de que sea necesario, aunque ya te he ayudado la otra noche.

Estuvo haciendo preguntas acerca del padre de Nancy, a las que ella respondió diciendo cuanto sabía, que no era mucho por cierto.

—¿Cuántos negros han sido trasladados a Georgia? No temas. No trato de hacerte daño, como afirma Benjamín. Supongo cuáles son las causas de lo que pasa, pero nada he de hacer en contra de tu padre... Lo que haré es hablar con él para que piense en ti y no te comprometa con su deseo de ganar mucho dinero.

Nancy se le quedó mirando.

—Creo que hay algo extraño en la vida de mi padre... Ahora gana mucho y antes habíamos pasado una vida cómoda, pero nunca con el lujo que ahora me rodea por todas partes... Y hasta me parece que es Benjamín su mal consejero.

Dean se quedaba con las ganas de preguntar dónde estaba la

finca de Georgia. Pero no se atrevió a hacerlo.

Estuvieron paseando y dando instrucciones a la muchacha para que actuara como él le aconsejaba.

Ella se sentía más tranquila desde que dijo cuanto sabía a Dean, en el que empezaba a confiar de una manera ilimitada.

Regresó ya muy tarde a su casa y Benjamín paseaba por el comedor como una fiera enjaulada.

—¡Esto es una locura! —exclamó—. No he debido dejarte marchar con él.

—Habría hecho mal... Trata de ayudarme... Las autoridades de la ciudad querían saber cuándo entraron en el país esos basutos de que hablaba yo... Y él ha sabido convencerles de que no había tales basutos aquí... Iban a venir para ver la finca y registrar las plantaciones. ¡Lo ha evitado Dean!

—No creo una palabra de todo eso. Es él quien quiere enterarse de lo que pasa aquí.

—Él no es ninguna autoridad... He podido comprobarlo yo... Me ha presentado a sus amigos, que son todos millonarios como él. Yo no lo sabía hasta hoy. He creído que se trataba de un joven acomodado, pero no tan rico como parece ser y que conoce África como pocos... Sabe hablar el basuto...

—¡No quiero que venga a esta plantación!

—¡Viene mañana a verme y le he ofrecido enseñarle la plantación porque ahora no hay peligro de que encuentre esos negros! Lo que quiero es que se convenza de que le engañé sin necesidad de hablar de ello...

—¡No puede entrar en la plantación!

—Pero si ya ha desaparecido el peligro...

—He dicho que no entrará... Cuando venga mañana, le distraes por aquí, pero sin entrar en la plantación...

Para la muchacha esto era una nueva sorpresa.

—¿Por qué no se me dice con franqueza lo que pasa en esta plantación? —dijo.

Benjamín miró a la muchacha y, echándose a reír, añadió:

—No es que pase nada... Es que no quiero que entre en la plantación sin que lo sepa tu padre. No quiere que entre nadie sin un permiso suyo y si se enterara que habíamos dejado entrar a un desconocido tendría un disgusto con él y trato de evitarlo. No es que pase nada, porque los negros ya no están en ella.

Pero la muchacha estaba segura de que no había sinceridad en las palabras de él.

Benjamín quedó silencioso al ver que ella callaba a su vez.

—No puedo evitar la visita —dijo Nancy—. Si lo intentara sospecharía más que si le dejamos que venga.

—Pero nada de llevarle a la plantación...

La muchacha no respondió. No quería discutir con él, porque estaba decidida a que pudiera recorrerla con ella.

Necesitaba salir de dudas y saber la razón de ese miedo que Benjamín tenía a la visita de los extraños a la plantación.

Y a la mañana siguiente muy temprano ya estaba Nancy levantada, pero se le había adelantado Benjamín, que estaba por la plantación dando órdenes.

La criada que atendía a la muchacha, le dijo:

—No debes llevar a ese muchacho a la plantación.

He oído hablar a Benjamín con el capataz...

Asustada, dijo Nancy:

—¿Qué es lo que ha dicho?

—No lo he oído perfectamente, pero están dispuestos a evitarlo incluso con las armas...

Quedó pensativa Nancy y comprendió que era más grave de lo que ella suponía lo que pasaba en la plantación.

Y sin decir nada, salió de paseo por la carretera que venía de la ciudad para encontrar a Dean.

Le encontró ya fuera de la finca de ella.

—Estaba nerviosa por tu tardanza —le dijo—, y he salido a tu encuentro para que me lleves a la playa... ¿Quieres?

Dean la miró en silencio y dijo:

—Sube. Iremos a la playa... ¿Por qué estás tan asustada?

—No lo creas... No me pasa nada...

—Todavía no has aprendido a mentir en la vida, y sería conveniente que no lo aprendas nunca... No quiero forzarte a que sigas mintiendo. Voy a marchar a Nueva York... Supongo que así no te asustará más ese Benjamín...

La muchacha le miró sonriendo y dijo:

—Eso no es verdad... ¿A qué no?

—Es verdad. Marcho mañana a Nueva York. Salgo en el primer avión.

Ella miró entristecida a Dean.

—Me abandonas —dijo en voz baja.

—Te ayudo con mi marcha... Hoy estás muy asustada y supongo que has de tener tus razones para ello. No quiero que continúe esta situación.

Nancy permaneció en silencio. No quería confesar que le agradaba mucho estar al lado de él.

Paseando por la playa, se acercaron varios amigos de Dean a saludarles.

Berta entre ellos.

—Te hablé de la belleza de esta muchacha y no sabía que con ello te iba a lanzar sobre ella... Tú ya no eres un niño y si te decides, tiene que ser para que invites a los amigos a la boda con rapidez.

—¡Te he dicho, Berta, que no soy viejo! —respondió riendo Dean.

—Parece que te han cazado esta vez —dijo Frank—. Te veo muy... no sé cómo decirlo...

—Muy enamorado, es la frase —dijo Berta, Nancy estaba muy encarnada.

Dean, en cambio, no hacía más que reír.

Cuando se marcharon los dos amigos, dijo Dean:

—Son unas buenas personas y siempre están de broma conmigo... Les preocupa que no me haya casado aún.

Nancy se hallaba aún bajo los efectos de las palabras de los amigos de él.

Estaba preocupada, porque habría de llevarla Dean a casa. Y tenía miedo de que le hicieran algo.

CAPÍTULO III

Dean había dicho a Nancy que solamente estaría unos tres días en Nueva York y que volvería a Palm Beach.

La actitud de Benjamín se hizo con ella más empalagosa. Más afectuoso.

A los dos días de haber marchado Dean, ella, que salía poco de la finca y cuando lo hacía era acompañada por los amigos de Dean, que la atendían con cariño, hablando muy bien del ausente al que querían de veras. Nancy entró en la casa después de llegar de la ciudad.

Se encontró a Benjamín, que salía con dos visitantes.

Estos la saludaron con frialdad y siguieron a Benjamín por el parterre que había ante la vivienda de tipo colonial.

Se dio cuenta de que no hablaban en inglés y esto extrañó a la muchacha.

Como el calor se acentuaba, paseó esa noche por el jardín y al ver luz en una de las ventanas del sótano, se acercó curiosa.

El cristal era esmerilado y no se veía nada de lo que había dentro.

Ya se alejaba, cuando descubrió un trocito saltado y por un minúsculo agujero vio a Benjamín sentado ante una emisora de radio.

Ella no tenía la menor idea de que existiese esa emisora, pero supuso que con ella estaba al habla con su padre.

En estos días había pensado mucho en los hechos pasados y lo que descubría aumentaba su incertidumbre.

Se recogió ya muy tarde y, a la mañana siguiente, al saber que Benjamín había salido, buscó en el sótano el lugar en que se hallaba la emisora. Pero como era de esperar, todo estaba cerrado, y nada pudo averiguar.

Un miedo intenso se iba apoderando de ella y empezó a recordar lo que había pasado en los últimos tres años, desde que empezaron a prosperar los negocios de su padre.

Había trabajado de oficial en barcos que iban siempre a África y por eso oía decir que era uno de los marinos que mejor conocía los monzones de esa parte del Índico.

Cuando era más pequeña le hablaba mucho del Cabo, la ciudad de los diamantes, donde pasaba muchas veces su barco a la altura

de un salto.

No era una muchacha tonta y había leído mucha historia, recordando lo de la trata de esclavos y empezó a temer que su padre se dedicara a traer negros a los Estados Unidos, que entraban ilegalmente, pero que si le sorprendían podía costarle varios años de cárcel.

Estaba segura de que era esto lo que había temido Dean y solo por ella la ayudó el día de la fiesta de los Harriman.

La actitud de su padre no era clara y la de Benjamín, mucho más sospechosa aún.

Sabía que su padre tenía una gran influencia sobre este, pero también Benjamín se imponía ante su padre en determinadas ocasiones, lo que indicaba a la muchacha, en este recuento de recuerdos, que estaban ligados por algo sucio para que se dieran estas circunstancias.

Al llegar a la ciudad le dijo Berta que había estado un amigo de Dean preguntando por él en el hotel y que le habían dicho que preguntarían a Nancy si sabía cuándo regresaba.

—Me dijo que llegaría hoy o mañana —respondió Nancy.

—Me parece que estás cometiendo una tontería al enamorarte de Dean. No creo que tenga corazón para el amor —dijo Berta—. Y es de los que cuando se deciden a casarse, si es que se decide, será un buen esposo. Te advierto que no hay una amiga en Nueva York que no haya intentado cazarle, pero es un viejo cazador de la selva africana y es difícil hacerle caer en una trampa. Las huele todas.

Y Berta reía con Nancy.

—Ahí llega ese amigo... —dijo Berta.

Y Nancy vio a un joven alto y fuerte, pero negro.

—Esta es la muchacha de que le hablamos ayer —dijo Berta—. Afirma que le espera hoy o mañana.

—Me llamo Bill Black. ¿No le habló de mí? —dijo el negro.

—No... No me ha hablado —dijo ella.

—Somos muy buenos amigos. Es de los hombres que mejor conocen la tierra en que he nacido y los pueblos que la habitan... Nosotros hablamos siempre en basuto, bantú o kama. Es un gran conocedor de esos idiomas y conoce también más de veinte dialectos distintos llevados por los árabes y los hititas.

Berta se despidió y Nancy quedó con Bill, que por hablarle de Dean resultaba agradable para la muchacha.

Se encontraron en uno de los bares elegantes, con Benjamín, que miró sorprendido a la muchacha.

Nancy dudaba en presentar a este, pero se presentó él para

decir:

—Creí que estarías en casa... ¿Un amigo?

—Es amigo de Mr. Norton... —dijo Nancy.

E hizo las presentaciones.

—Tengo entendido que Mr. Norton es un experto en asuntos africanos.

—Conoce la selva y sus misterios, tan bien como mis antepasados —dijo Bill.

—¿Habla idiomas de aquellas tierras? Usted será nacido aquí, ¿verdad?

—Soy de África Central y estoy de profesor en la Universidad de Nueva York. Le debo mucho a Dean en todo esto. Me ayudó siempre. En las vacaciones solemos ir juntos a mi tierra.

Benjamín se unió a los dos jóvenes y ocuparon una mesa.

—Parece que también conoce África —dijo al cabo de un rato Bill.

—El padre de Nancy viaja por allí. Tiene un barco que capitanea y suele hablarme de aquello...

—¡Ah! —exclamó asombrado Bill—. ¿Es marino su padre?

—Sí.

—¿Qué barco es el suyo? Conozco muchos de los que van por allí.

—El “Ciudad del Cabo” —dijo Benjamín con rapidez.

Nancy le miró extrañada.

—Está equivocado; se llama “Estrella del Sur” —dijo la muchacha.

—Ese era el barco que llevaba antes. Ahora es este otro —dijo Benjamín.

—Debió decirme mi padre que había cambiado de barco.

—Es lo mismo. No conozco ninguno de los dos —dijo Bill.

Y acto seguido, se habló de Palm Beach y de lo bien que se estaba en esa época.

—Te acompaño a casa... —dijo Benjamín.

—No pienso marchar todavía —respondió la muchacha.

No supo disimular su disgusto Benjamín, pero se contuvo.

Minutos más tarde se marchaba, dejando a los dos jóvenes solos.

—¿Pariente suyo? —dijo Bill.

—El administrador de mi padre —respondió ella.

—No le agrada que quede conmigo... Me he dado cuenta... Hay muchos americanos todavía que no pueden evitar su odio a mi raza.

—No tiene importancia... Ya ha visto que no le hice mucho caso.

Hablaron de Dean y Bill estuvo haciéndolo durante mucho

tiempo, hasta la hora del almuerzo, invitando a Nancy a que lo hiciera con él.

Ella aceptó para desagraviarle por la actitud de Benjamín.

Durante el almuerzo, en el mismo hotel en que se hospedaba Dean, hablaron de este con los amigos del mismo que les invitaron a unirse a ellos en la misma mesa.

Marchó a casa Nancy diciendo que volvería al día siguiente para ver si había regresado Dean.

Pero al llegar a la casa, le dijo Benjamín:

—Se recibió un telegrama de tu padre. Ha llegado a Darien y dice que vayas a Georgia en el primer avión que salga de la ciudad. Ya sabes. Has de ir a Columbia y de allí a Darien en el tren. Te espera en el barco.

—¿Dónde está el telegrama? —dijo con naturalidad la muchacha.

—No sé dónde lo he puesto, pero es eso lo que dice.

—Debe enseñarme el telegrama o no iré. Es cosa suya... Está ofendido porque me quedé con Bill, el amigo de Dean.

—Es orden de tu padre...

—Lo es de usted mientras no me enseñe el telegrama...

Nancy estaba segura de que no se atrevería a decir que había hablado por radio con su padre. No le habían dicho nunca que existía esa emisora.

—Buscaré el telegrama y te lo daré, pero debes creermelo y salir mañana. Ya conoces a tu padre... Cuando se enfada...

—No me asusta —dijo Nancy—. Le diré que no he creído que existiera ese telegrama porque no ha querido enseñármelo. Y estoy segura que no es verdad.

Y pidió a la mujer que la atendía que sirviera la comida, pero a ella sola.

Benjamín se puso muy colorado.

—No es posible que hables en serio —dijo.

—He dicho que quiero comer sola. Hasta que llegue mi padre, lo haré siempre así.

—Ese imbécil de millonario te está volviendo loca. No creas que piensa casarse contigo... Lo que busca es algo que debiera darte vergüenza...

—¡Le prohíbo que entre en esta casa hasta que no venga mi padre! Y diré a Dean cuando llegue mañana, lo que ha dicho de él. Veremos si se atreve a hablar en su presencia como lo hace ahora... ¡Es usted demasiado cobarde para hacerlo!... ¡Fuera de aquí!

—No grites y te advierto, para tu conocimiento, que esta casa es

tan mía como vuestra. Soy tan dueño como tu padre. ¿Te enteras? Estaré aquí porque estoy en mi casa.

Nancy no respondió. Permaneció unos instantes callada.

—Está bien —dijo al fin—. Comeré, en mi habitación. No quiero estar al lado de un cobarde y a partir de mañana comeré siempre sola.

La muchacha salió del comedor.

Pero no fue a su habitación, como había dicho, sino que marchó al garaje y subiendo en el coche, se alejó de la casa en dirección a la ciudad.

Una vez en ella se encaminó al hotel y preguntó por Bill.

—Me quedo en este hotel hasta que llegue Dean. Suceden cosas muy extrañas con el administrador.

Y la muchacha, que estaba asustada, refirió al negro lo que le había pasado con Benjamín.

Se encargó este de pedir una habitación para ella y solicitó que, a ser posible, estuviera al lado de la suya.

En la mansión de Nancy, Benjamín seguía en el comedor, furioso.

Llamó a la mujer que atendía a las cosas personales de la muchacha y le dijo:

—No servirá de comer en su habitación a Nancy.

—Lo haré —respondió la criada.

—Puede marchar de esta casa.

—Me admitió el patrón y solo él puede despedirme.

Benjamín se acercó a ella amenazador.

—Puede pegarme, pero iré a las autoridades a dar cuenta de su cobardía y de muchas cosas que pasan en esta casa.

Esto enfureció aún más a Benjamín, que golpeó a la criada negra.

—¡Y ahora va a saber esa idiota quién soy yo!

Golpeó furioso en la puerta de la habitación de Nancy.

Como no le respondían, insistió más fuerte aún.

—¡Tendrás que abrir o echo abajo la puerta! —gritaba.

El silencio que siguió a estas palabras le enloquecía y sus golpes arreciaban.

Así estuvo mucho tiempo gritando e insultando a la muchacha.

Movió el pestillo y al ver que estaba abierto, se quedó confuso. Abrió de golpe la puerta y vio que la habitación estaba vacía.

Comprendió la verdad y regresó al comedor golpeando todo lo que encontraba a su paso.

Llamó a gritos a la criada y como esta no le respondía fue a la

cocina dispuesto a castigar a la soberbia negra.

Tampoco la encontró y empezó a buscar llamando a los otros criados.

—La he visto marchar hace media hora. Se llevó la furgoneta —dijo uno de los criados.

Benjamín, asustado, corrió en busca de su coche y se lanzó a la carretera como un loco.

Pero era mucha la delantera que le llevaba y al entrar en la ciudad tuvo miedo.

Si la criada, en su disgusto, había ido a las autoridades y refería lo que debía saber, estaba perdido.

Dio vuelta al coche y marchó a la casa otra vez. Preparó sus cosas a toda velocidad y salió en dirección a Georgia. Las autoridades de Florida no tenían jurisdicción en Georgia.

Iba pensando que había cometido varias torpezas y que si Robinson las conocía podrían costarle la vida.

Recordó que no había estropeado la radio y que si efectuaban un registro en la casa y la encontraban, pensarían peor de ellos de lo que tendrían que hacerlo al ver la plantación.

Estudiaba cómo convencer a Robinson de que era culpa de su hija.

La criada negra había ido en busca de Dean cuando llegase y por eso preguntó en el hotel si sabían la fecha de su llegada.

—Por lo que dice *Miss Robinson*, que está hospedada aquí, debe llegar mañana.

La noticia de que Nancy estaba en el hotel la hizo reír.

Y pensaba en lo que diría Benjamín al saber que no estaba allí ninguna de ellas.

Dijo que era la criada de Nancy y la llevaron a su habitación.

La muchacha se abrazó a ella diciendo:

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

La criada explicó lo que había pasado y que ignoraba que ella había salido de la casa.

—¡Cómo se va a poner cuando se dé cuenta de que hemos marchado las dos!

—Le va a asustar más el no encontrarme a mí que tu marcha —dijo la criada.

—¿Por qué?

—Porque le he amenazado con decir a las autoridades muchas cosas que yo sé de esa casa. Cuando sepa que no estoy en la plantación, se va a asustar y es posible que salga huyendo porque, como me ha pegado, temerá que haya ido a denunciarle.

—¿Y qué es lo que sabes tú de esa plantación?

—Sé muchas cosas. Sobre todo, que los basutos han sido embarcados a la fuerza en África y desembarcados aquí sin que se enterase nadie... Eso supone unos años de cárcel... Muchos... Y ellos lo saben.

—Luego, ¿es cierto que está comerciando mi padre con esclavos?

—Estos, por lo menos, han venido sin querer venir —respondió la criada.

—Estoy un poco asustada porque no he traído dinero para el hotel y no va a querer pagar Benjamín.

—No te preocupes. Yo tengo ahorros y los he traído conmigo...

—Pero este hotel es muy caro —objetó Nancy.

—Podemos ir mañana a otro más barato —replicó la negra.

Por la mañana, fue informado ampliamente Bill, ya que confiaba Nancy en él por el hecho de ser tan amigo de Dean.

Tranquilizó a las dos mujeres.

Estaban terminando de desayunar cuando se presentó Dean, que saludó cariñoso a Nancy, que no le dejó hablar hasta que no conociera lo que había pagado en su ausencia.

—Yo iré con vosotras para hablar con ese cobarde —dijo Dean.

—Te acompaño —añadió Bill.

—Creo debéis dar cuenta a las autoridades de lo que pasa —dijo la muchacha.

—Es mejor que primero intentemos hablar con él —dijo Dean.

Y una hora más tarde, detenían los dos coches ante la casa de la plantación.

Los criados dijeron que Benjamín había marchado la noche antes y que debía ir de viaje, porque se había llevado en el coche muchas cosas.

—Tenía razón Blanca —dijo Nancy por la criada—. Ha huido. ¡Está asustado!

—Si es cierto que ha marchado, debes esperar aquí el regreso de tu padre...

—Podéis estar como invitados míos —dijo Nancy—. Tengo miedo a qué nos quedemos solas en la casa por si se presenta Benjamín.

—No creo que lo haga tan pronto —dijo la negra...

—De todos modos, prefiero que estén a nuestro lado.

—Nos quedaremos —dijo Dean.

—Prepara las habitaciones para ellos —dijo Nancy a Blanca.

El capataz se sorprendió al encontrar a los dos amigos en la

casa.

—No debiera admitir a nadie en la casa sin estar su padre ni Benjamín —dijo a la muchacha.

—Son amigos míos.

—De todos modos... la orden de su padre es que no entre ningún extraño...

—He dicho que son amigos míos... Si no está conforme, puede marchar.

El capataz marchó de la casa hacia la plantación.

—Hay caballos para que veamos la plantación, si es que quieres —dijo Nancy a Dean.

—Como quieras...

No quería confesar que estaba deseándolo.

Bill fue con ellos.

—¿Qué es lo que tenéis plantado? ¿Tabaco? ¿Algodón?

—Las dos cosas... Es una finca muy grande... ¡Ya lo verás!

—No se ve ningún trabajador... ¿Es que han abandonado esto?

Las palabras de Dean hicieron que ella se fijara en que era cierto que no había nadie trabajando.

Se detuvo Dean, asombrado, y desmontó para ver las plantas ante las que habían llegado.

—¡Adormidera! —dijo asombrado—. ¡Un criadero de opio! ¡Asombroso! Para esto trajeron trabajadores a la fuerza... ¡Supone la silla para tu padre!

Nancy miraba a Dean en silencio.



La danza era frenética, enloquecedora...

CAPÍTULO IV

El descubrimiento realizado por Dean justificaba la huida del capataz y de los trabajadores.

Nancy no sabía qué decir.

Se explicaba la razón de que no quisieran extraños en la plantación. Y empezaba a estar segura de que no volverían por allí en una temporada. Hasta no saber qué era lo que había pasado.

—Esto es grave... No podemos silenciarlo, porque sería hacerse cómplices de algo monstruoso... —decía Dean—, y siento mucho que se trate de tu padre.

—No comprendo bien el alcance de tus palabras y de lo que supone esa planta, pero he leído algo sobre drogas y no puedo censurarte que des cuenta de esto... Estoy segura que en Georgia solo cultivan esto... Voy a ir al encuentro de mi padre, que está en Darien. Un puerto de Georgia...

—¡No debes ir a verles! Es la vida lo que se juegan y no quiero que te lleven de rehén...

—Ten en cuenta que han sido mis torpezas lo que ha descubierto todo.

—¡No importa! Han de estar enloquecidos si saben que se ha descubierto todo esto... Y en esas condiciones no puede unirse nadie a ellos... No estarán allí si Benjamín ha dicho que la criada fue a las autoridades de aquí. Han de suponer que se descubrió lo de la plantación y como consecuencia, el resto...

Nancy decidió hacer lo mismo que con Benjamín: engañar a Dean.

Tenía miedo de su padre y por él. Se consideraba responsable y quería avisarle del peligro que corría.

Por eso permaneció sumisa y en espera de la noche.

Por la carretera de la costa, podría llegar al día siguiente al mediodía a la frontera con Georgia.

Propuso Dean ir esa noche a la ciudad. No había decidido aún como avisar a las autoridades de lo que sucedía.

Esto hacía a Nancy mantenerse firme en su propósito.

Lo que contenía a Dean era que, al dar parte, ella sería detenida.

Así lo comentó con Bill, que le aconsejó silenciarlo.

Y el mismo Bill comunicó a Nancy lo que habían acordado, no ocultando la razón que aconsejaba esta medida.

—Y vamos a hacer desaparecer esas plantas, quemándolas —dijo Bill.

—Os lo agradezco mucho... —respondió Nancy—. Estoy segura de que mi padre no lo merece, pero no puedo evitar que sea mi padre y que le quiera, por lo tanto, como a tal. Además, estoy segura que ha sido el deseo de conseguirme una vida cómoda lo que le ha llevado a hacer esto.

Era lo mismo que Bill había comentado con Dean.

Más tranquila, Nancy pensó que no era necesario escapar esa misma noche.

Decidió instalarse en el hotel mientras hacían desaparecer todo vestigio de la trágica planta.

Dean no se opuso a esta medida.

Y dos días después, la muchacha escapaba en un avión, con el dinero que tenía en la casa y que Benjamín no se llevó.

* * *

Nancy llegó a la plantación de Georgia, y a medida que pasaba por ella en el taxi que la condujo desde el aeropuerto iba contemplando las plantas de tabaco y algodón.

No había, como pensó ella, ni una sola planta de la comprometedora adormidera.

Salieron a su encuentro su padre y Benjamín.

Los tíos la miraban con hostilidad, aunque el padre se vio abrazado y besado por su hija.

Robinson era un hombre de talla normal y de un peso relacionado con la misma. Ojos muy grises, y fríos. El mentón, muy duro, que indicaba energía.

Dureza que se demostró al separar a su hija y decir:

—¡Déjate de comedias! ¿Qué es lo que buscas aquí? ¿Quién te ha enviado?

Nancy se separó de su padre con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Habrás venido para ver si estamos aquí y decírselo a sus amigos... —comentó Benjamín.

—¡Es usted un cobarde! ¡Puede pegarme, como hizo con Blanca! Ha huido de allí. No se ha dicho nada a las autoridades y creo que ha sido una torpeza por parte de Dean y de Bill... No han querido comprometerme en nada...

—Y han hecho bien —añadió el padre—, porque yo diría que estás enterada de todo y que me ayudas con tu ingenuidad...

—Pero ¿a qué? ¿Qué es lo que haces? Se ha hecho desaparecer

toda la plantación dedicada a adormidera, pero los criados que había han desaparecido y ellos pueden en cualquier momento decir lo que pasaba en aquella casa...

—Lo que digan los criados nada dice en contra mía. Yo no estaba allí. Me paso la vida en el mar...

Nancy comprendía que su padre trataba de decir que estaba dispuesto a declarar su inocencia sobre las adormideras y a decir que era ella la culpable de tal cultivo.

La sorpresa y el miedo a su padre no la dejaban pensar con acierto. No encontraba las palabras precisas para responder a esa canallada.

Benjamín sonreía al apreciar la confusión de la muchacha.

—No debes hablar así a tu hija —dijo Benjamín.

—Es que quiero que se dé cuenta que si sus amigos hablan, será ella la que pague las consecuencias.

—No creo que lo hagan. Uno de ellos está enamorado...

—Pero ella se va a casar contigo... y lo va a hacer mañana mismo.

—¡No! —gritó Nancy echando a correr.

Su padre la alcanzó con facilidad.

—¡Es inútil que te opongas o harás que sea yo el me te denuncie...! Y no habrá quién te libre de la muerte. Tienes que ser sensata.

—Me parece que es una torpeza —dijo Benjamín—. Esta muchacha, casada conmigo, no tiene valor para esos muchachos... Es mejor que se case con el millonario y no querrá que el escándalo rodee a su esposa.

El padre se quedó pensativo y terminó por echarse a reír...

—¡Tienes razón! —exclamó alegre—. Debe presentarme a ese muchacho tan rico.

Estas palabras producían en el ánimo de la muchacha más miedo que el anterior proyecto de que hablaba su padre.

Comprendía cuánta maldad había en el hombre al que había amado con idolatría.

Pasaron los tres a la vivienda, que estaba decorada y amueblada con gran lujo.

Sabía que su padre gozaba con esas riquezas y, por lo tanto, se daba cuenta de que lo que hacía no era por complacerla a ella y rodearla de comodidades, sino por disfrutar de ellas.

Le extrañó no encontrar un solo criado que fuera negro.

Como su padre se dio perfecta cuenta de su sorpresa por esto, dijo:

—No hubo nunca más criados que estos en casa. Y no hay un solo negro en la plantación, advirtiéndote que yo no soy amigo de las adormideras y no hay una sola planta que no sea tabaco o algodón.

No respondió nada porque estaba demasiado confundida con lo que pasaba. No tenía apetito y no comió nada, aunque estuvo sentada a la mesa acompañando a los dos que hablaban con una crudeza que aterraba a la muchacha.

—Vas a escribir a ese amigo, diciéndole que haces un viaje en el barco de tu padre... Y puedes decirle que al regreso de este viaje, podrás casarte con él si es que lo desea...

Y se echó a reír con una crueldad que la hizo llorar de angustia.

—¡No debes hablarle con esta crudeza! Tienes que pensar que se trata de una delicada muchacha... La más bonita de los Estados Unidos.

Se levantó de la mesa y corrió a su habitación.

Pensó escapar por la ventana, pero al ir a salir, del comedor Benjamín le dijo:

—No podrás escapar como allá.

Esto le indicaba su gran torpeza al escapar de Palm Beach.

No había dicho nada de esta escapada a su padre. Ellos creían que se presentó allí de acuerdo con los amigos.

Estaba segura que ellos habrían supuesto dónde estaba y que la buscarían si tardaba en regresar.

Pensamientos estos que la tranquilizaban y que le producían un miedo cervical al mismo tiempo, porque haría que se metieran de lleno en ese infierno y en el peligro inmenso que suponía su padre y su socio y amigo.

Estos discutían mientras comían qué era lo más conveniente ante una situación como aquella.

Terminada la comida, los dos salieron a pasear, habiendo dado instrucciones a los criados que eran de absoluta confianza que no dejaran salir de la casa a la muchacha y que vigilaran los coches, aunque no habían dejado llaves de los mismos ni tenían gasolina en los depósitos.

Nancy estaba echada sobre la cama, pensando con la mayor, tranquilidad posible en tales circunstancias.

Se sobresaltó al oír el teléfono en el cuarto inmediato que era el de su padre.

Se levantó en el acto y acudió al mismo.

Era Dean, al que dio cuenta con rapidez de lo que pasaba, sin ocultarle nada de lo que se había hablado.

Y temiendo que su padre acudiera, colgó sin esperar respuesta de Dean y volvió a su cuarto. Ahora estaba más tranquila. Y se decía que había que ser astuta.

Ninguno de los criados, que se hallaban lejos, se dio cuenta de la llamada telefónica.

Por la noche, cuando dormía, fue despertada por su padre, que le dijo:

—Será un suicidio para ti si intentas escapar de la casa... Hay orden de disparar sobre ti...

Ella no respondió.

Y a la mañana siguiente salió a pasear, completamente serena.

Su padre la miraba con atención.

—Parece que te has dado cuenta de la realidad... —le dijo—. Eso me alegra porque no quisiera tener que llevarte al barco a la fuerza.

—No pienso embarcar contigo —dijo la muchacha sin excitarse, y mirando con valentía a los ojos fríos de su padre.

Este se echó a reír a carcajadas.

—¡Ya verás como piensas de otro modo! Es posible que encuentres allí a ese amigo tuyo, al que parece que amas de veras...

Pero ella, que había hablado por teléfono con Dean, sabía que este se estaría moviendo para sorprender a su padre.

Benjamín corría hacia ellos gritando:

—¡Llega un coche!

—Deben ser los amigos de ella... Han caído en la trampa.

Y el rostro de Robinson se animó con una sonrisa satánica.

Más al ver detenerse el coche frente a ellos, frunció el ceño y se puso pálido.

Era el jefe de policía de la ciudad inmediata el que llegaba acompañado de un agente.

El padre miraba a la hija, sorprendido.

—¿Miss Nancy Robinson? —preguntó.

—¡Yo soy! —respondió ella.

—Ha de venir con nosotros. La reclaman de Palm Beach, de donde ha huido sin pagar la cuenta del hotel... Se nos ha pedido la extradición y la vamos a llevar hasta allí...

—No tiene importancia... Yo pago el doble de esa cuenta —dijo el padre.

—Soy mayor de edad y no quiero quedarme aquí —dijo ella.

El padre estaba asustado.

—Pero, mujer... yo creo que...

—No quiero quedarme aquí. Deben llevarme con ustedes.

Robinson no insistió. Tenía miedo a que su hija, en el estado de

ánimo en que se hallaba, hablara más de la cuenta.

Luchar con la policía sería una locura.

—Está bien... Si quieres marchar, no puedo retenerte en contra de tu voluntad —dijo Robinson luchando por contenerse.

—No tengo nada aquí que deba recoger —dijo ella— podemos marchar ahora mismo.

Y el padre, junto con Benjamín, la miraron ir.

Robinson soltó una sarta de maldiciones.

—¡Y te reías de tu hija!... Lo había preparado todo... Y después de lo que le has dicho, será ella la que nos denuncie...

—No podrán demostrar nada.

—Sería mejor que no lo hiciesen... —dijo Benjamín, que estaba muy asustado—. Yo voy a marchar. Esto se pone feo. Es la vida lo que nos va en la jugada. Hay que abandonarlo todo y marchar a África. Allí podemos estar una temporada y empezaremos nuevamente, pero más al Norte...

Robinson seguía maldiciendo a su hija y a sus amigos.

Pero terminó por pensar como Benjamín.

—Hemos de aprovecharnos, mientras tengan miedo por Nancy para decir la verdad de todo esto —añadió Benjamín.

—Creo que tienes razón... Nos iremos al barco.

—Pero no al “Cruz del Sur”. Hay que buscar otro... Este puede estar sometido a vigilancia... —dijo Benjamín—. Sabe todo el mundo en Palm Beach que es ese el barco que utilizas en tu comercio... Lo dijo tu hija a ese amigo negro...

Robinson aceptó la sugerencia y marcharon al puerto para llevarse el barco de allí.

Irían a Nueva Inglaterra para cambiarlo por otro de menor desplazamiento y que les sirviera para el comercio que realizaban.

Lo comprarían a nombre de una Compañía inexistente, y él, Robinson, se cambiaría el nombre como capitán. Tenía documentos al efecto.

Su vida de mar había sido siempre turbia.

Como cedió en poco dinero el barco que estaba tan bien equipado, no le fue difícil la venta.

Y dos semanas más tarde, ya tenía otro mayor y no más pequeño como había pensado, llevándose a la tripulación íntegra.

Eran hombres de confianza y le convenía tenerles a su lado.

Era un peligro lo mucho que sabían de las actividades del barco para dejarles que pudieran hablar con una carga de *whisky* en el estómago.

Robinson, que, por encima de todo, sentía las cosas del mar, se

mostraba orgulloso de su nuevo barco.

—No le cambio por el más moderno de turbinas —dijo Robinson, contento, a Benjamín.

—¿Cuándo partimos?

—Debes tener paciencia... Iremos a África, pero no a Dar-es-Salaam, sino a Angola en el primer viaje. Quiero que pase tiempo antes de emprender el mismo comercio; no es posible fiarse demasiado de esta mosquita muerta...

No se atrevieron a volver por la plantación, que puso en venta inmediatamente en un anuncio insertado en la Prensa.

Pensaba indemnizar a los criados; pero Benjamín le convenció que dejara la plantación a los criados y que ellos vendieran el trato dándole cuenta a él y quedándose ellos con un tanto por ciento elevando.

—Es el mejor medio de tenerlos callados, aunque no es mucho lo que saben. El hecho de no querer que saliera tu hija de la casa no es un delito grave. Y ella, por propio miedo no hablará. Los otros tampoco han de hacerlo...

Robinson estuvo, al fin, de acuerdo con esto.

Escribió a los criados dándoles instrucciones en este sentido.

Ellos se dedicaron a preparar el barco como correspondía.

Visitó Robinson a algunos clientes y quedó de acuerdo con ellos en la forma en que iban a actuar en el futuro.

—Me gustaría saber qué es lo que hace mi hija... —dijo Robinson, bebiendo en compañía de Benjamín en uno de los bares de Boston.

—Pues se casará con ese Norton —dijo Benjamín.

—Es uno de los hombres más ricos, ¿verdad?

—Sí. Eso es lo que dicen, al menos. Y uno de los que mejor conocen África.

Había dado a los criados de la plantación la dirección para que escribieran a África, pero sin prisa.

Lo que no hizo fue dar el nombre del barco que tenía ahora.

Benjamín, que había estado navegando muchos años y que fue uno de los héroes de la última guerra mundial, se enroló como pasajero y no como oficial.

—Me gustaría poder atracar en Palm Beach —dijo Robinson—. Y me parece que lo voy a hacer...

—Nada de locuras.

—Es que quiero advertir a mi hija que si dice algo que me comprometa, será ella la que pague las consecuencias... ¡Hay que asustarla!

—Lo que tienes que hacer, es cobrar esos basutos que cedí en tu ausencia. No debes cobrar menos de tres mil cada uno.

—Debes ir a cobrar tú...

—Es a ti a quién conocen y en este comercio no pueden fiarse de nadie...

Robinson aceptó y preparó el viaje para ir a efectuar el cobro.

CAPÍTULO V

—No hay duda de que estamos ante el caso de una venta de esclavos, completamente clandestina que ante la mejor policía del mundo, según afirman ustedes, entran y salen de nuestras ciudades sin que se entere nadie... Si esto trasciende seremos los bufones en las Naciones Unidas.

—Encontraremos el barco que ha traído esa remesa de basutos y que, gracias a una torpeza de la hija, inocente de lo que penaba, hemos podido saberlo. Nos ayudará en ello Dean Norton y el profesor Bill Black. Los dos van a salir para África... Dice el primero que lo que hay que desmontar, y tiene razón, es la organización que han de tener allí... Se ha informado detalladamente de los puertos que el “Cruz del Sur” ha visitado en estos dos últimos años. Está en Dar-es-Salaam el centro de donde parten las expediciones que dicen ser en busca de marfil y que, sin embargo, traen opio y esclavos, que deja en los puertos poco vigilados, de noche. Es en África donde hay que dar la batalla a este comercio. Hablar con las autoridades de los Territorios en los que se hacen las levas le acuerdo con alguien que tiene influencia.

Los reunidos asintieron con la cabeza a estas palabras.

—Hemos de dotar para ello a Dean Norton y Bill Black de autoridad sin límites y solicitar el apoyo de los Estados dignatarios de esos Territorios.

También estuvieron de acuerdo y después de tratar distintos asuntos, dieron por terminada la pequeña asamblea.

El que la había presidido, hizo pasar a su despacho a Dean Norton, que esperaba el resultado.

—Vamos a pedir por conducto de las Embajadas aquí, que les ayuden en aquellas tierras los gobiernos locales y los gobernadores. Deberán recurrir a ellos siempre que les haga falta.

—Lo que más necesito es ayuda en Tanganyka... Creo que es allí donde se hacen las levas. Por lo meros donde se embarcan. Aunque no creo que utilicen la capital para ello. Han de hacerlo en los pequeños puerros naturales que hay en la costa. También en Kenia. Los dos están bajo mandato inglés.

Las palabras de Dean fueron anotadas para complacerle.

Dean buscó a Bill, que había solicitado permiso de la Universidad y para lo que las más altas magistraturas del país

presionaron en su favor.

No querían que el hecho de ese contrabando de ébano trascendiera.

Por eso se iba a encargar de ello quien no era autoridad, pero que estaba especializado como pocos para desenvolverse en los medios en que había que hacerlo.

Bill hizo su equipo. Dean lo tenía en África. Irían en avión hasta la Ciudad del Cabo. Y desde allí, en avión también, a Dar-es-Salaam y Nairobi.

Nancy seguía en la finca de Palm Beach, vigilada y atendida por las autoridades de la ciudad y por Blanca, que no se separaba de ella.

Dean se valía de los amigos que tenían cargos en la policía, para que de una manera oficiosa le ayudaran a localizar el “Estrella del Sur”.

Y fue en el Boletín de la Marina, donde leyeron, tres semanas más tarde de los hechos en Palm Beach, la venta del Clipper “Estrella del Sur” por su propietario Timoteo Robinson y daban el nombre del comprador.

—Me parece que ese hombre es más astuto de lo que has imaginado —dijo Bill, cuando recibieron la noticia de esta venta.

—Se ha realizado la venta en Boston... Hemos de ir allí en busca de noticias. Necesitamos saber cuál es el barco que ha de ir a buscar los esclavos y el opio.

Las autoridades, aunque se movían en la sombra, supieron hacer las cosas y descubrieron al grupo de basutos que habían sido adquiridos a tres mil dólares cada uno en una plantación de tabaco de Georgia.

Fueron avisados Dean y Bill de que habían aparecido los basutos de la fiesta y marcharon a Georgia para ayudar a las autoridades de Inmigración que eran las que intervenían en el asunto.

James Rock, propietario de la plantación, recibió una mañana la visita del Jefe de la Oficina de Inmigración en Columbia, acompañado de su ayudante, que en esta ocasión era Dean Norton.

Les recibió con toda amabilidad en su hermosa casa de tipo virginiano, o Victoriano, como se les llamaba en realidad.

—Hemos recibido una notificación de que tiene nuevos criados negros en la plantación que no son del país... ¿Es cierto?

James, inquieto, respondió:

—Tengo negros en la plantación hace muchos años. Son los que mejor se prestan para sus trabajos y ello no creo que sea un delito.

—No, si están todos legalizados como ciudadanos de la Unión.

—Supongo que han de estarlo. Les haré venir para que les interroguen.

Y James salió para dar unas órdenes.

El Jefe de Inmigración miró a Dean y este sonrió.

—Pueden acoplarse con comodidad. Es grande la Plantación y tardarán en llegar todos...

—Hubiera sido mejor que nosotros la recorriéramos —dijo el jefe.

—No es necesario... —dijo James—. Ellos vendrán.

—¿Y cómo sabemos que son todos los que hay trabajando? Si yo estuviera en su caso, no haría comparecer a aquellos que no están legalizados... Pero mi misión exige que compruebe si la notificación es exacta o no... Vamos a recorrer sin usted, la plantación.

Y el jefe se puso en marcha acompañado por Dean. Dean vio a un negro que corría en cierta dirección y echó a correr detrás de él, demostrando que tenía unas piernas veloces.

James se puso muy amarillo al darse cuenta de que seguía al emisario que había enviado a una parte de la plantación.

Pero el negro que iba delante de Dean se dio cuenta de que era seguido y se desvió, metiéndose entre las plantas de tabaco, que le cubrían por completo.

Dean no cayó en la trampa y siguió el camino que seguía.

Desde la casa se veía todo esto, ya que el tabaco empezaba donde el negro se desvió.

James gritó y aparecieron unos cuantos hombres que encañonaron con sus armas al Jefe de Inmigración.

—No me gusta que se asalte mi finca —dijo James.

—Esto que hace es una locura... Saben que he venido a esta finca...

—Nosotros diremos que no le hemos visto.

—No lo creerán, porque están seguros de que hemos venido... Y no va a seguir matando a todos los que vengan...

—Cuando vengan otros, no estaremos aquí... —dijo cínicamente James.

Esto indicaba que estaba dispuesto a matar a los dos.

Y empezó a sentir miedo.

—Hay que terminar con aquel tozudo —dijo James.

En pocos segundos aparecieron unos rifles y varios corrieron detrás de Dean.

Este se dio cuenta al mirar hacia atrás por si veía al jefe de Inmigración.

Se alegró de haber llevado su pistola automática de gran calibre

y alcance que usaba en la selva.

Tenía que esconderse antes de que se pusiera a tiro de los rifles que llevaban.

Había un bosque cercano y se encaminó a saltos como los gamos, pero haciendo creer que no les había descubierto.

De no haber sido por el peligro que pesaba sobre él, se hubiera reído al ver entre los árboles a los basutos que buscaban.

Les habló con rapidez en su idioma diciéndoles que iba para devolverles a sus tierras y a su familia.

Para ello tenían que ayudarlo a terminar con los tres que venían tras él para impedirle que les libertara.

Pero Dan se dio cuenta de que no tenían arma alguna.

Los tres continuaban corriendo y Dean empuñó su pistola, dispuesto a vender cara su vida.

No sabían aquellos tres locos que si entraban en el campo de acción de la pistola, no podrían amenazar a nadie más.

Estaba dispuesto a disparar a matar.

Los que le seguían continuaron porque le consideraban desarmado.

Cuando Dean inició el tiroteo, ya no tuvieron tiempo de rectificar y habían desaparecido todos a la vista de la casa.

Para James, los tres disparos casi juntos eran de los rifles de los que habían salido detrás de Dean, y dijo al jefe:

—Todo ha terminado para su amigo... Lo mismo va a suceder con usted.

—Le matarán, Rocks. No se puede luchar contra la Ley.

—Pero antes le habré visto morir a usted. Y como va a morir, puedo decirle que es cierto que tengo esclavos que no están legalizados y que cultivo plantas que son castigadas por las autoridades... ¿Es esto lo que buscaban?

—Lo sabemos ya y vendrán otros y después otros más. Hasta que rodeen la finca y le maten como a un coyote que es, Rocks.

Había con James otros dos más. Todos reían al ver el rostro blanco del jefe de Inmigración.

—¡Se metió en un mal negocio, amigo! —dijo uno de estos.

Dean sabía que sería visto si regresaba a la casa para ayudar al jefe si es que no le habían matado ya.

Se le ocurrió decir a los negros basutos que corrieran hacia la casa con objeto de distraer a los que estuvieran allí con la presencia de estos y que no se dieran cuenta de su llegada, cosa que haría agachado para cubrirse con las matas de algodón, que estaba alto, pero no lo suficiente como para ocultarle estando en pie.

Los basutos, al oír que les hablaban en su idioma y que le habían visto matar, creyeron que era cierto que les iban a llevar a su tierra. Y obedecieron corriendo todos entre gritos, que llegaban a la casa.

—¡Vienen los basutos! —dijo uno de los dos que estaban con James.

Dean se metió primero entre el tabaco y más tarde, agachándose como hacía muchas veces en la selva para acercarse a las fieras sin ser visto, avanzó con rapidez y seguridad.

Llevaba en la mano uno de los rifles de los muertos, que tenía más alcance que su pistola.

Siguiendo las instrucciones de Dean, los negros, al estar a la mitad de camino avanzaban con lentitud.

—¿Por qué han hecho venir esos tres a los basutos?

Las palabras de James pusieron nerviosos a los otros dos.

—Lo que resulta extraño es que no vengan ellos —dijo uno.

—Es que se les ha debido escapar alguno de estos negros salvajes —dijo James, y, como era lógico, se tranquilizaron los otros dos.

Dean alcanzó a los basutos y caminaba por el algodón al costado de ellos.

—Hay que hacer volver a esos salvajes a su bosque —dijo James.

Los otros dos entraron en la casa para buscar armas.

Lejos de la casa y dentro de la plantación, se veían muchos negros trabajando que ignoraban lo que pasaba.

Salieron los dos ayudantes de James con un rifle cada uno y se encaminaron amenazadores hacia los negros.

Estos se detuvieron y hablaron en basuto a Dean, que sabía que estaba cerca de ellos.

Poco a poco, se asomó Dean y vio que estaban ya dentro del campo del rifle.

Como los dos iban pendientes de los negros, no se dieron cuenta de la presencia de Dean, que se colocó el rifle en el hombro entre las plantas de algodón.

James estaba pendiente de sus hombres.

Se quedó aterrado al oír dos disparos y ver que eran ellos los que caían al suelo.

Los negros se precipitaron sobre las víctimas entre un griterío que hizo salir corriendo a James.

Se metió en la casa, y el jefe, suponiendo que iba a por un arma, corrió a esconderse.

A los pocos segundos se oía una campana tocando a rebato y

lanzando sus metálicas notas por toda la plantación.

Y salió con un rifle, buscando al jefe.

Pero como sabía que había un peligro en esos negros, se preocupó de ello mirando con atención para ver quiénes eran los que llevaban los rifles de sus hombres, ya que creía que lo que había pasado era que estos tres habían sido sorprendidos por los negros y desarmados.

Dean, que avanzaba como antes, vio que James iba a disparar sobre los basutos, y, poniéndose en pie, se adelantó hacia él.

James iba cayendo poco a poco y en la camisa blanca se iniciaba una roja mancha de sangre en el mismo centro del pecho.

El jefe de Inmigración apareció al ver a Dean, diciendo:

—¡Si no es usted el que viene conmigo, me habrían matado!

—Es lo que quisieron hacer con los dos... Ahora cuidado con los negros que han sido llamados con la campana. Hay que marchar enseguida. Nos llevaremos los basutos que podamos.

—Hay dos “rubias” amplias allí... Vamos.

Y en los dos vehículos metieron a todos los basutos, lanzándose a toda velocidad.

Los trabajadores de color iban hacia la casa, pero sin prisa.

Cuando llegaron a la oficina de Inmigración y supieron lo que había sucedido, felicitaron a Dean calurosamente.

Este dijo que los negros fueran atendidos porque le interesaba para llevarles a su tierra y que pudieran ayudarle a descubrir quiénes eran los que estaban comprometidos en un comercio que estaba desterrado hacía más de un siglo.

Habló con ellos para animarles y que no tuvieran miedo.

Y celebró una conferencia telefónica con las autoridades de Washington.

Hubo de aceptar la invitación de la mujer del jefe, que le abrazó entre lágrimas de gratitud.

Se había convertido en la pequeña localidad en un verdadero héroe.

Llamó a Bill para que fuera con él, y como había de esperar a que vinieran los que se iban a encargar de los salvajes hasta su repatriación, fue invitado por todo el vecindario, que organizó espontáneamente una fiesta popular en su honor.

Un grupo de policías había ido a hacerse cargo de la plantación de Rocks hasta que llegaron los de Washington.

—¡Gracias a que se le ocurrió venir a este amigo conmigo! —dijo el jefe, que estaba acosado a preguntas.

—¿Quién iba a decir que James Rocks hiciera eso? Parecía un

caballero.

—Pues estaba dispuesto a matarnos a los dos. Lo que no comprendo es que no lo hiciera conmigo antes de que Norton interviniera —dijo el hombre a quién no se le había terminado de pasar el susto.

Cuando llegó Bill, habló con los basutos y el color de la piel de este les dio más confianza a los salvajes.

Todos estaban muy contentos y dijeron a Dean que podían bailar como iban a hacer en la fiesta de los Harriman.

Y Dean tuvo una idea.

Llamó por teléfono a los Harriman y les dijo que podían llevar a los amigos que no creían en la existencia de los basutos.

Y dos días más tarde, estaba la ciudad llena de vehículos y de gente adinerada de la Unión.

Los nombres más famosos de la industria y las finanzas se habían dado cita en la pequeña localidad de Sumler, cerca de Columbia, capital de Carolina.

Y en el centro de la plaza de este pueblo, se celebró la fiesta de los basutos, con sus danzas y sus canciones melodiosas en extremo, que entusiasmaron a los oyentes.

Recaudaron de donativos de los invitados por Norton una buena cantidad, con la que Bill les dijo que podrían adquirir vacas y ganado en su tierra para vivir tranquilos entre los suyos.

Poseer ganado sedentario, era la máxima aspiración de las tribus de los basutos, que eran seminómadas nada más y eso debido a su pobreza.

Con el dinero que poseían ya, se transformarían en ricos dentro de su pueblo.

Norton y Bill les iban explicando todo lo que podían conseguir con esos puñados de papeles que les habían dado por bailar.

Y mostraban su alegría de la forma que les era habitual.

Los dos amigos hablaron con ellos durante mucho tiempo para averiguar cómo habían sido conducidos al barco.

Entonces supieron que les había engañado un tal Ib-Saint, un comerciante negro, de origen árabe de Dar-es-Salaam.

Este y un guía para el que habían trabajado otra vez en un safari, un tal Douglas Steel, les contrataron para llevar unas cajas con mercancías hasta un puerto pequeñito cerca de la capital de Tanganyka.

Una vez en el barco, les fueron golpeando en la cabeza y metiéndoles en una bodega.

Habían venido con ellos mucho más, pertenecientes a los

bantúes.

Esto era la pista que ellos necesitaban.

Sabían que si esos basutos cogían a los dos traidores al alcance de sus flechas untadas con veneno de serpiente, no se escaparían de la muerte.

Él y Bill se dedicaron a pedirles que no lo hiciesen hasta que ellos dos no hablaran con los interesados.

No era fácil convencer a los basutos, pero insistieron tanto y estaban tan agradecidos a los dos amigos, que prometieron hacerlo así.

CAPÍTULO VI

Bill estaba convertido en un salvaje más. Vestía son el taparrabos típico y llevaba su lanza.

Vivía con otros basutos cerca del poblado de los que habían sido repatriados sin que intervinieran las autoridades.

Les dejaron en el mismo pequeño puerto natural en que habían sido embarcados.

Para llegar a ese puerto, desde la tribu, era preciso recorrer muchas millas y pasar cuatro semanas en el camino a través de selvas y de llanuras duras de piso y vegetación.

Sabido es que el tiempo no cuenta en esas zonas de África y una semana de distancia supone realmente media milla en una ciudad civilizada.

Los hombres de la selva y los cazadores andan semanas enteras, con los descansos imprescindibles para comer y dormir.

Dean estaba en Dar-es-Salaam vigilando a Douglas Steel y haciéndose amigo de él, a fuerza de encontrarle siempre en el mismo bar.

Como lo había preparado todo minuciosamente, se hacía pasar por un periodista americano, para lo cual mostraba la documentación de uno de los diarios más populares de la Unión.

Steel se reía con él porque Dean, que había cambiado su nombre, le decía que escribía artículos como si estuviera en la selva, cuando la verdad era que no la había pisado todavía.

—Por eso, tu ayuda me es valiosa —dijo cuando ya eran muy amigos—. Tienes que llevarme a algún safari de los que organizan quienes te pagan...

—Te llevaré al primero para el que sea contratado.

Hizo varias fotografías, de Steel, que reprodujo y amplió para mandarlas a los puestos fronterizos por si le veían al frente de algún safari para que fuera vigilado.

Otro día le decía entre bromas:

—¡Tienes que ganar mucho cuando te permites el lujo de estar meses sin trabajar y no te privas de nada!

—Entiendo la vida —dijo Steel—. Hago que me paguen bien. Cobro cuatro veces lo que pago a cada uno de los porteadores.

Y se echó a reír.

Dean tenía la seguridad de que Robinson no era el jefe

verdadero de un negocio que habría de producir beneficios fabulosos.

Las autoridades de Tanganyka no sabían que se cultivase adormideras en su territorio. Por eso le ayudaban con cariño.

Disgustaba a Dean no saber cuál era el nombre del barco que ahora poseía el padre de Nancy.

Esta, en sus cartas, llegadas en avión, le decía que tenía un gran interés en conocer África y que cuando se casaran había de llevarla a esa tierra de misterio.

Dean respondió que así lo haría.

La muchacha seguía sin noticias de su padre y de Benjamín.

En el tiempo que llevaba en la capital del Tanganyka, no había visto a Ib-Saint el árabe.

Pero un día, cuando llegó al bar en que se encontraba con Steel, este no estaba y le dijo el *barman* que se hallaba preparando un safari y que iba a salir hacia la selva.

Procuró encontrarle en los almacenes donde se proveían los cazadores y tuvo suerte.

—No me has dejado recado para que me prepare —le dijo Dean.

—Es que no puedes venir en este safari... No quieren a ningún blanco.

—¿Qué puede importarles? Dices que soy una especie de capataz tuyo.

—No puede ser. Y lo siento.

—Lo que pasa es que no quieres —dijo Dean.

—No debes hablarme así.

—No me gustan los hombres que no saben cumplir su palabra.

—Es que no puedo. Son comerciantes que no quieren llevar a nadie a las plantaciones donde adquieren su mercancía. Tienen miedo a la competencia...

—Tú sabes que no soy un comerciante...

—Pero yo no soy el que paga el safari —dijo Steel, un poco ofendido ya.

Dean se desentendió de él.

Estuvo hablando con los empleados de la Administración del Territorio y diciéndoles que suponía a los contrabandistas de ébano en movimiento ya.

Dio cuenta del safari que estaba preparando Steel y afirmó que tenía la seguridad de que solo trabajaba para ellos desde hacía dos años.

Prometieron que estaría la policía vigilante y que no les sería posible regresar con otros porteadores que no fueran los mismos.

Además, serían sorprendidos en la selva o en las grandes llanuras de las cebras y los antílopes.

Volvió para ver a Steel en el bar.

—No has debido ponerte así conmigo —quejóse Steel.

—No quiero que me hables más. No tienes palabra. Sabías que no podrías llevarme y me has engañado todo este tiempo en el que hubiera podido conocer de “visu” lo que escribo de memoria y por los relatos que oigo, cuando, me pagan para organizar un safari por mi cuenta. Voy a buscar un explorador que quiera acompañarme. Necesitaremos pocos porteadores porque solo quiero llegar a la selva y estar en ella unos días para escribir la impresión que me produzca su estancia allí. También he de llegar a alguna tribu para enviar fotografías directas y que no conozcan otras agencias.

—Has podido decirme que montara yo ese safari —dijo Steel.

—No hubieras ido conmigo. Te agrada más cobrar cuatro veces por porteador y yo no lo pagaría. No voy a engañar a los negros con mercancías que me permitan ganar muchos dólares.

Steel le miró con atención.

Y permaneció callado. Pero Dean estaba seguro de que le habían preocupado sus palabras.

Después de una breve pausa, en la que los dos bebieron, dijo Steel:

—No debes guardarme rencor. Si sigues por aquí, ya te llevaré alguna vez.

—Ya te he dicho que voy a montar un safari por mi cuenta, y, por lo tanto, no me interesa ya el ir en tu compañía. Encontraré quienes conozcan la selva como tú. Después marcharé a Kenia para tratar de ver a algún miembro de esa secta Mau-Mau...

—No creas que andan por las calles de Nairobi.

—Ya lo supongo. Estarán metidos en las tribus de las montañas y el bosque.

Quedaron más amigos y Steel se despidió.

El guía blanco estaba vigilado en todo momento para ver con quién se reunía.

Steel estaba preocupado con las palabras de Dean.

Iba pensando en ellas al despedirse del periodista, pero poco más tarde, se decía que era solamente el interés de poder escribir sobre la selva y sus tribus lo que le impulsó a hablar como lo había hecho.

Visitó a los porteadores con quienes contaba siempre y les dio instrucciones.

Vivían en las afueras de la ciudad y la mayoría se dedicaban al

robo en los muelles cuando no tenían trabajo con Steel.

Se movía solo Steel y no se le veía con nadie que fuera sospechoso.

Cuando se lo decían a Dean, este afirmaba que había de tener paciencia el encargado de vigilarle y que ya darían con la persona que estaba al habla con el explorador.

—Pero es posible que haya recibido instrucciones en una carta o por telegrama —dijo al fin.

Esto era posible y hasta podía llegarse a admitir que se ocupara él solo de los esclavos y de la adormidera.

Pero no llegaba Dean a admitirlo, aunque las autoridades empezaban a decir que esta era la causa de que no se le viera con nadie.

Cuando Steel fue a comunicar a las autoridades que volvía a salir con un safari, le dijo el encargado de ello:

—Tenemos instrucciones nuevas de Londres, Steel. Debe decirme cuál va a ser su itinerario, del que no debe salirse y qué comunicamos a nuestra policía.

—Pero...

—Es que quieren saber en qué parte autorizan la muerte de unos animales y de ese modo no autorizan en la misma zona más muertes de las que son convenientes. También tiene que decirme el número de porteadores que lleva. No se le permite aumentar el número de estos en el camino. Debe calcular los que va a necesitar en todo momento.

Steel se quedó un momento confuso.

—Sabe que voy con comerciantes y si estos adquieren más mercancías, porque encuentran oportunidad de ello en virtud del precio...

—Ni aun así podrá traer un solo porteador más del que me dé en su relación y que comprobaremos al marchar.

—¡Cada vez buscan más complicaciones!

—No soy yo, Steel, yo no hago más que cumplir órdenes. ¿Cuántos porteadores pongo en la hoja de su safari?

—He de hablar primero con el que paga. Después de lo que me ha dicho, prefiero que sean ellos los que indiquen los porteadores que vamos a necesitar.

—Dejemos entonces eso, para cuando haya visto a quién paga. ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—Tiene que decirle que pase por aquí...

—No está en la ciudad. He de recogerle a unas millas de aquí.

—¿Su nombre?

—Pues no acostumbro a preguntar. Lo que me interesa es que me paguen.

—Si no sabe quiénes son...

—Me pagan más de la mitad por adelantado y de otro modo, no salgo.

—Eso está bien, Steel, no debe fiarse uno de nadie. Pero necesito su nombre para autorizar la salida y piense que ha de corresponder al nombre verdadero, porque si nuestra policía le encuentra y no coincide con la hoja que llevan facilitada por nosotros, le detendrán y le aseguro que lo pasaría mal. No nos gusta que se nos engañe.

—Lo que están haciendo es poner dificultades y perjudicarme a mí.

—Nada de esto supone inconveniente alguno para usted. Es que no quieren que se formen más safaris con los enviados de Hollywood, que burlan así el pago de lo estipulado cuando se trata de cine.

—Yo le aseguro que no voy a llevar a artistas de cine.

—Tiene que darme el nombre, si es que quiere salir con el safari.

—Ya le he dicho que lo averiguaré.

—No me había dicho nada hasta ahora, Steel.

—Pues ya lo sabe. Trataré de pedir ese nombre.

—Y el número de porteadores, así como comercio a que se dedican y mercancías que van a comprar. Hay algunas que está prohibida la salida del país y hemos de asegurarnos de que no se trata de ellas.

Steel salió preocupado de la oficina.

En los meses que habían transcurrido desde la última expedición, habían cambiado radicalmente las cosas.

Entró en el almacén en que solía comprarlo todo y el que iba detrás de él, dio cuenta por teléfono de dónde había entrado.

A los pocos minutos, entraba en el mismo almacén uno de los empleados de la oficina donde estuvo Steel.

Este no se encontraba en el salón de ventas. Y estaba seguro de que se hallaba en la casa porque no le habían visto salir.

Se quedó en el almacén el empleado, diciendo:

—Estoy esperando a Steel. Le he visto entrar y supongo que está por ahí dentro.

—¿Steel? ¿El guía?

—Sí.

—No está aquí... Entró, pero volvió a salir enseguida...

—¡No es posible! Le he visto entrar y he estado hablando con un

amigo a la puerta. Estará ahí dentro con el dueño. Pregunta y te convencerás.

El empleado del almacén desapareció.

Steel salió por una ventana lateral y volvió el empleado diciendo que no estaba, desde luego, en la casa.

—¡Vaya! Pues se me ha escapado sin que me diera cuenta y eso que estaba pendiente de la puerta. Si le ves por aquí, dile que tiene que llevar también al lugar más apartado a quién piensa llegar. Era para evitarle otra nueva consulta con los que pagan su safari. Desde luego, que no hacen más que dar instrucciones los que están lejos de estos asuntos. ¡Debían estar ellos aquí!

Y el empleado marchó.

El vigilante de Steel comprendió que había pasado algo porque le hicieron señas de que abandonase ese sitio.

—¡Pues yo te aseguro que no ha salido! —dijo el vigilante del guía.

—Ha debido hacerlo por la ventana, porque al salir de ese almacén, le vi a unas yardas. Se puso allí para que yo le viera, pero hice como que no me daba cuenta.

No sabía Steel y el dueño del almacén, Ab-el-Rafe, que acababan de dar un mal paso.

Se dieron órdenes para que se vigilara atentamente el indicado almacén.

Steel volvió más tarde de una manera natural y le dieron cuenta de lo que quería el empleado de la oficina de Parques.

Steel sonreía tranquilo.

El dueño del almacén estaba allí atendiendo a los clientes.

Se acercó Steel con naturalidad, y dijo:

—¿Está ya más tranquilo?

—Sí, pero no me agrada que pidan todos esos datos...

—No hay más remedio que darlos. Si les engañamos es peor, porque podemos encontrar a la policía en el camino.

—Pero sigue sin gustarme... No se ha hecho esta antes...

—Son órdenes de Londres.

—Pues a pesar de ello, afirmo que no me gusta.

—¿Dónde está Robert?

—Llegarán mañana al puerto. ¿Cómo va la emisora que te di?

—Funciona muy bien —dijo Steel.

—Tienes que llevarla escondida para que no se dé cuenta de que la llevas. Hay que estar constantemente en comunicación. Te llevarás varios juegos de pilas. Quiero estar bien informado de lo que pasa en la selva. Sobre todo, del día que llegáis para que el

barco esté preparado en el lugar de siempre.

—Yo lo hubiera cambiado —dijo Steel.

—Ya sabes que es el más seguro de los que se encuentran cerca de esta población.

—Lo que me asusta un poco, es el asunto de los porteadores. Si nos encontramos a la policía y ven que traemos más, les preguntarán y entonces... ¡ya sabes! La prisión y la muerte. Esta vez hay que pagarme doble.

El árabe miró con los ojos semicerrados a Steel.

—¿Has dicho el doble?

—Eso he dicho. Es mucho lo que me juego... y soy el que menos gana.

—No levantes la voz. Hablaré con Robert, pero te anticipo que no estará de acuerdo.

—Entonces, dejemos esto. No voy. Y ahora, aunque me paguéis el doble...

Y Steel dio media vuelta para marchar.

—¡Espera! —dijo el árabe.

Se detuvo Steel.

—Creo que no tenemos más remedio que aceptar. Y tú lo sabes. Por eso abusas, pero procura no volver a abusar.

Steel no respondió a esta amenaza. Solamente dijo:

—El pago anticipado... ¡Totalmente!

Ab-el-Rafe juró varias veces y maldijo cien.

Steel estaba satisfecho. Las nuevas instrucciones sobre safaris le permitían ganar mucho más de lo que pensaba.

Encontró a Dean en el bar, y, como estaba contento, le invitó.

—Parece que estás muy contento —dijo Dean.

—No se ponen mal las cosas, pero las nuevas instrucciones me traen loco. No hacen más que complicar las cosas.

Y dio cuenta a Dean de lo que le habían dicho en la oficina.

—¿Y qué puede importarte a ti todo eso? —dijo Dean.

—Es que no gusta a muchos comerciantes que sepan qué es lo que quieren comprar para que no se les anticipen otros.

—Sin embargo, tienen que controlar todo lo que sale de aquí para las estadísticas que se hacen del comercio exterior.

—No es mucho lo que entiendo de esas cosas... No me gusta y nada más.

—Pues hacen bien y lo que no comprendo es que no lo hayan hecho antes.

—Pues te aseguro que no se hacía —dijo Steel.

—¿A que no se han opuesto los comerciantes con quienes vas a

ir?

—Aún no les he visto.

—¿Es que no han llegado todavía? Seguro que te han escrito diciendo que prepares el safari, pero aún no llegaron... Por eso no sabes si me dejarían ir con vosotros.

Steel se echó a reír y respondió:

—Tienes mentalidad de periodista.

—¡Lo que soy! —exclamó Dean—. ¿A que es cierto lo que digo?

Steel no respondió. Estaba mirando a un empleado de la oficina de Parques, que le miraba atentamente.

Dean miró, a su vez, hacia el individuo.

No podía decir el lugar en que le había visto, pero estaba seguro de haberlo hecho.

Steel se despidió de él y salió detrás del empleado.

Dean se asomó a la puerta.

No iban juntos. Cada uno marchaba en una dirección opuesta.

Esto le sorprendió. Pero pensando en que Steel estaba vigilado, marchó detrás del otro.

CAPÍTULO VII

El empleado a quién seguía entró en un bar elegante. El más elegante que había en la ciudad.

Allí se reunían los ricos plantadores de tabaco y de café. Los propietarios de centros madereros... y los empleados cuyo sueldo les permitía alternar con ellos.

Dean no se atrevió a entrar, pero se situó en una tienda de enfrente a esperar que saliera.

Unos minutos más tarde, se sonreía al ver que Steel entraba en el bar.

Esto indicaba que estaban de acuerdo para verse siempre allí.

De pronto, se acordó que se trataba de uno de los empleados de Parques.

Y buscó dónde llamar por teléfono.

Como la ciudad era pequeña, no tardaron en llegar a su lado dos empleados de confianza del jefe de Parques.

Les informó de lo que había.

Los dos entraron a la vez, como si en efecto, no buscasen a nadie.

El que hablaba con Steel se puso amarillo al ver a los dos compañeros, que le saludaron con naturalidad con la mano, quedándose lejos de ellos, junto al mostrador.

—¡No salgas con ese safari! —dijo a Steel.

—¿Por qué?

—Me parece que sospechan algo de ti. No he podido oír lo que era, pero hablaban de ti y de tu safari...

—Es que no he dado el nombre del comerciante ni el número de portadores que me han pedido... Por eso habrán hablado.

—Eso se pide ahora a todos. Son instrucciones recibidas de Londres.

—Entonces, no temas. No es que sospechen nada. Es que les habrá extrañado que no sepa el nombre del comerciante que me paga por el safari.

—Puede ser. No me gusta que me hayan visto hablando contigo.

—No tiene importancia. Soy amigo de todos vosotros —dijo Steel—. Tienes que tranquilizarte. Todo se hace bien y no pasará nada, aunque no me gusta lo de los portadores.

—No podéis traer a nadie más que los mismos que llevéis.

—Puede venir el mismo número y ser otros.

El empleado reía.

Steel se separó de este y se detuvo con los otros dos empleados.

Les estuvo saludando y les invitó.

Conversaron de las nuevas instrucciones y Steel dijo que no estaba de acuerdo con ellas, aunque tuviera que aceptarlas.

El otro empleado se unió a los dos compañeros cuando marchó Steel.

—¿No os ha dicho Steel que está furioso por las nuevas leyes? —dijo.

—Es lo que acaba de decirnos, pero ya le hemos dicho que no somos nosotros quienes las damos.

Y marcharon los tres juntos, para separarse en la calle.

Dean fue informado y comentó:

—¡Está de acuerdo con él! ¡Le ha avisado muy lejos de aquí y cada uno por un lado han coincidido aquí!

Dieron cuenta al jefe de lo que había pasado.

Y desde ese momento, el empleado que habló con Steel estuvo sometido a una estrechísima vigilancia.

Steel se presentó dos días más tarde para informar sobre lo que le habían pedido.

—¿Cómo dice que se llama ese comerciante?

—Sam Bradford... —dijo Steel.

—¿Ha venido antes por aquí?

—Creo que sí, aunque lo ha hecho más por Kenia —respondió Steel.

—Dígale que venga para que firme la hoja declaratoria. Tiene que decir que está conforme.

Steel se quedó un poco suspenso.

—Debieron advertírmelo antes —dijo, al fin—. Ha salido ya y me espera en Tabora. Hasta allí vamos en ferrocarril.

—No debió marchar sin pasar por esta oficina. No respondo de lo que la policía determine cuando les encuentren.

—Puedo mandarle la hoja firmada desde Tabora.

—No es lo mismo. En fin, allá ustedes. Las molestias no van a ser para mí si la policía no está de acuerdo.

—Es que como no se me dijo nada a este respecto, le he dicho que puede esperarnos en Tabora.

—¿Hasta dónde van a ir?

—Hasta el lago Victoria.

—¿Tan lejos?

—Sí. Quiere recorrer los cafetales que hay en esa zona y tal vez

las pieles le interesan. Son tribus ganaderas.

El empleado escribía en la hoja.

—No sabe el tiempo que durará, ¿verdad?

—No. Es difícil. La selva y las lluvias tienen la palabra.

—¿Porteadores?

—Aquí están relacionados. Treinta en total.

—Muy bien. Todo listo, Steel. Que haya suerte. Y ya sabe, nada de cazar fieras, a no ser que se vean acosados por ellas, y entonces, las pieles las entregan en esta agencia.

—¿Le traigo las serpientes también? —dijo, burlón, Steel.

—No nos interesan, a no ser que sepan curtirlas y las maten en época en que puede hacerse. Valen mucho en otros Continentes.

—Suelo curtirlas para mí —dijo Steel.

—No podemos oponernos a ello. No hay prohibición de matar reptiles.

Steel marchó de la oficina, seguro de que los temores de su amigo eran infundados.

Cuando estaba con los porteadores en la estación para subir al tren, Dean sacó varias fotografías del grupo de modo que pudieran salir todos.

—Es un recuerdo del safari en el que pensaba ir y no me ha sido posible.

—No me gusta que se hagan fotografías mías y de mis hombres sin una autorización expresa por mi parte.

—No debes enfadarte conmigo. ¿Vas lejos? Yo voy a salir también. Iré hasta el lago Victoria, que dicen es lo más bonito que hay por aquí. Sus cataratas son únicas, según me informan. Más bonitas que las del Niágara, en mi tierra.

—Pues si vas por allí, es posible que nos veamos. Claro que la selva es inmensa y resulta excepcional que se coincida en el camino.

—Llegaré antes que tú, porque voy a ir en avión... Me han asegurado que hay una extensión abierta muy cerca del lago en el que se puede aterrizar y despegar. Ya lo han hecho otros.

—Eso sí que me gustaría —dijo Steel—. No he subido todavía en avión.

—Pues hay líneas aéreas por estas tierras.

—Ya lo sé, pero no he tenido necesidad de ir a ningún sitio con prisa.

Subió Steel con todos sus hombres y su equipo de víveres y utensilios al tren y Dean se despidió de él.

Este marchó a la oficina de Parques, diciendo al jefe:

—Le daré fotografías ampliadas de los hombres que lleva Steel

para que la policía pueda comprobar si son los mismos cuando regresen.

El jefe de Parques sonreía.

—¿Está decidido a ir en avión?

—Le tengo pedido y llegará uno de estos días. Necesito reunirme con Bill antes de que llegue a esa zona Steel.

—¿Y combustible para el regreso?

—Llevaré repuesto en cantidad. Llevo un avión potente, aunque no sea muy rápido. Es de los que se emplearon en la guerra para el transporte. Lo compré barato y está nuevo. Podré hacer exploraciones en abundancia. Bill me tendrá preparadas las señales para que aterrice en el campo que me ha de estar haciendo. Y no pasaré por dónde ha de ir Steel, para que no se dé cuenta que me adelanto a ellos. ¿Avisó al jefe de la policía indígena?

—Está deseando realizar ese vuelo. Es una novedad para él.

—Pues no tardaremos mucho en ir.

* * *

Ben vivía en la tribu con los basutos, que le tomaron un gran afecto, menos el hechicero, pues como hubiera un niño enfermo, se metió Bill a curarle con penicilina que había llevado en cantidad, así como otros específicos, pues era uno de los buenos médicos de la Unión, aunque también se dedicara a la historia de las lenguas de sus antepasados.

Cuando el niño enfermó, fue llamado el hechicero, que recurrió a lo que era característico en ellos: quemar unas hierbas dentro del *kraal* en que estaba el enfermo y hacer una serie de genuflexiones buscando e implorando la ayuda de los dioses.

El niño cada día estaba peor. Se trataba del hijo menor del cacique y Bill trató de convencer al hechicero que no había nada de los males que él decía de los dioses, y, para convencerle, preparó una inyección de penicilina, porque lo que tenía eran unas anginas enormes.

A las pocas horas de la primera dosis, el niño había mejorado notablemente y al día siguiente jugaba ya con los otros niños, admirando a los nativos la virtud del “cuchillo misterioso”, como llamaban a la jeringuilla.

Otro día fue una muchacha joven la que se sintió muy mala.

Cuando llamaron al curandero de la tribu, se negó a acudir mientras estuviera Bill allí.

Pero Bill ya tenía una mentalidad distinta a la de sus hermanos de raza, y aun a trueque de que el hechicero se enfadara más con él,

entró a ver a la enferma. La estuvo reconociendo y preguntando.

Se trataba de una apendicitis y dijo a la familia y al jefe de la tribu que tenía que operarla y les explicó lo que iba a hacer para poder salvarla.

No fue sencillo convencer a aquella gente, pero como ya había el antecedente del caso del niño, terminaron por ceder.

Fue un trabajo tremendo para él solo, ya que solo contaba con la ayuda de otra joven.

Sudó como nunca había sudado, pero quedó satisfecho una vez que hubo terminado.

La muchacha estaba tranquila y gracias a la anestesia, no había sentido el menor dolor durante la operación.

Esto era lo que más magia tenía para la familia que presenció lo que hacía.

Preguntaban a la enferma si le dolía y ella aseguraba que no.

Como Bill había asegurado que no la dolería, empezaron a creer en él.

Y cuando terminó, dijo lo que tenían que hacer, pero más seguro estaría quedándose él allí y así lo hizo.

Una semana más tarde, la joven estaba en condiciones de hacer su vida normal y de danzar como las otras.

Pero con esto, el odio del hechicero aumentó.

Por fortuna para él, las palabras del curandero no encontraban eco en los demás, que querían se hiciera cargo de la profesión de curandero en vez del otro a quien se le habían muerto hasta seis con los mismos síntomas que la muchacha operada.

Pero un día hubo de agacharse cuando salía del poblado para evitar que la lanza del curandero le atravesara el pecho.

Para desgracia del curandero, fue visto por el jefe de la tribu desde la puerta de su *kraal* y dio orden de que detuvieran al agresor.

Los salvajes quisieron matar al hechicero al saber lo que había intentado.

El jefe dictaminó que fuera puesto en los límites del poblado y que no volviera más a él.

Era una sentencia inapelable y el curandero se puso en marcha para ir a otro poblado de la misma raza.

En este poblado empezó a hacer una campaña, contra Bill, que fue creída por las sencillas gentes que la escuchaban. Pero tanto habló, que marcharon dos emisarios del jefe para pedir el castigo del extraño.

Le explicaron lo que había pasado a quien llevaba la representación del otro jefe y entonces le pidieron que fuera a curar

a la hija del jefe que no sabía el hechicero curarla.

Bill miró a los ojos del que hablaba y le dijo:

—¡Eres un traidor! No es cierto lo de esa enfermedad. Quieres matarme en el camino a traición, porque no eres capaz de hacerlo de frente.

Entonces, el jefe envió un emisario al otro poblado, sin dejar salir de allí a los otros dos.

Y confesaron que era cierto que querían matar a Bill por mandato del curandero expulsado.

Él les había dicho la forma de hacerle salir del poblado.

Esta confesión desesperaba a quienes la oyeron y como lo que se proponían era un crimen, algunos pidieron al jefe que se les matara.

Fue el propio Bill quien pidió que se les dejara en libertad.

Para ello hubo de decir que iba a provocar una guerra contra el poblado inmediato.

Tanto insistió Bill, que fue complacido.

Los perdonados, gracias a su insistencia en pedir perdón, miraban a Bill como si se tratara de algo sobrenatural.

Marcharon de allí a toda marcha, porque sabían que eran muchos los que querían castigarles.

En sus mentes primitivas había producido una verdadera revolución la actitud de Bill, a quién ellos iban a matar y lo confesaron.

Y cuando llegaron a su poblado, al dar cuenta de lo que pasó, dijeron que el hechicero expulsado merecía la muerte por engañarles.

Pero este se había hecho muy amigo del brujo de la tribu y le ayudó amenazando a todos con castigos terribles de los dioses del bosque si tocaban un solo pelo del hechicero.

No estaban muy tranquilos los que habían sido emisarios, pero no podían enfrentarse con el curandero.

Bill sabía que era un peligro para él la presencia del hechicero en la tribu cercana. Algún día convencería a alguien para que se acercara a darle muerte. Pero no podía obrar de otro modo.

El perdón entre esos salvajes equivalía a debilidad.

Consiguió de los que le estimaban ya, que le ayudaran a preparar el terreno para que su amigo blanco llegara por aires como las aves.

Hablaba de esto con ellos y esto les hacía ver en él un nuevo poder que les cautivaba.

Había elegido la parte que mejor se prestaba a ello. Fuera del bosque. En la llanura de pastos. Allí tenían las vacas y los asnos con

los que araban las tierras en las que sembraban con arreglo a una economía familiar.

La patata y el tomate que les habían traído los amigos blancos, así como el maíz, eran sus principales alimentos, unidos a la carne de antílope o de leopardo que llevaban los cazadores oficiales de la tribu.

Ser cazador oficial, era uno de los timbres de gloria entre ellos y para conseguirlo se celebraban torneos con lanza y flecha para demostrar los que tenían mejores condiciones para ello.

El torneo consistía en poner un antílope atado a un poste y lanzar desde la mayor distancia posible las flechas y la lanza, de forma que no fallara.

Las doncellas estimaban a los cazadores más que a los que se dedicaban al cultivo de las tierras y al cuidado del ganado.

Eran, a la vez, el ejército de la tribu y los guardianes del cacique.

Solían llevar la piel de leones que ofrecían en las fiestas a la mujer elegida para primera esposa. Pues la influencia de los árabes se notaba en la poligamia.

La caza del elefante era considerada como la mejor, ya que los comerciantes suhailis de la costa, de origen árabe y dependientes del Sultán de Zanzíbar, daban a cambio de marfil, ropas de variados colores que tanto gustaban a las mujeres, objetos de adorno para todos y armas, como machetes que les prestaba un gran servicio para abrirse paso en la enmarañada selva.

En cada época, los cazadores oficiales salían de expedición para regresar cargados de pieles y de marfil.

Uno de los suhailis les enseñó a preparar las pieles de serpiente y de cocodrilo para que no se estropearan, con la corteza de ciertos árboles machacada y mezclada con agua.

Tenían muy cerca del poblado “el humo que truena”, como llamaban a las cataratas del Lago Victoria. Y el agua para ellos no era problema.

Con la lanza de bambú, solían pescar buenos peces, que llevaban como regalo especial al jefe y a los ancianos, ya que estaba considerado como alimento de viejos especialmente.

Sin duda era debido, a que la carne del pescado era más fácil para los dientes cansados o las encías sin ellos.

Los consejos de Bill les ayudaron mucho en la agricultura y les dijo que ellos podían sembrar tabaco y conseguir buenas cantidades de los comerciantes que llegaban hasta allí.

Prometió que les mandaría semilla cuando llegara su amigo por los aires.

Todos estaban deseando que esto sucediera, pues no lo creían sin verlo.

Todas las noches, antes de acostarse, les hablaba del mundo en que él vivía y les decía la conveniencia de ser amigo del hombre blanco.

Cuando ya tenía confianza con todos y sus muchas curaciones de enfermos le granjearon la de todos los componentes de la tribu, les habló de los falsos comerciantes que llegaban con el propósito de llevarse a los jóvenes como esclavos de ciertas personas.

Les explicaba en qué consistía tal esclavitud.

Para ello hizo que algunos de los que habían traído de América, librados por ellos de esa esclavitud les hablaran de lo mismo.

Bill era para estos salvajes liberados, como un Dios, así como Dean.

Y tenía la seguridad de que el ambiente estaba preparado para que los mercaderes de ébano, si iban por allí, fueran castigados.

CAPÍTULO VIII

Les admiraba con la radio, en la que oían música y la voz de muchas gentes, que les decía estaban muy lejos.

Al principio huían a todo correr cuando por el pequeño altavoz salía el sonido de la música y las canciones.

Pero, poco a poco, se fueron acostumbrando.

Otra de las cosas que les hacía suponer a Bill como a un Dios, era la bomba extractora de veneno en las mordeduras de las serpientes.

Era una de las bombas utilizadas por los servicios de Sanidad del Ejército en la lucha en el Pacífico en la última guerra mundial.

Con ella se evitaba la muerte del mordido, si la bomba entraba en acción con rapidez.

Abundaban las víboras de pequeño tamaño, pero las más peligrosas de la selva y de África, a la que se debe el mayor porcentaje de víctimas tanto en animales como en personas.

Bill había llevado una buena dosis de este veneno y empezó a inyectar como vacunas pequeñísimas fracciones de centigramos a cada uno para irles habituando en inyecciones periódicas hasta conseguir una cierta inmunidad, como hacen los *fakires* de la India.

Veneno que, en dosis tan minúsculas, resulta un tónico potente.

La confianza que tenían en él, hizo que no se opusieran al experimento. Era cuestión de tiempo... De un tiempo que Bill estaba seguro no iba a poder estar, pero confiaba en que algo de inmunidad habría de conseguir con las dosis que tuviera tiempo de aplicar.

Un día, la bomba extractora salvó a una de las jóvenes más deseadas por su gran belleza con arreglo a los cánones de la raza.

Había sido atrapada su mano por las dos puñaladas mortales de los colmillos de la víbora, cuando cogía tomates.

Su grito de angustia fue oído por Bill, que corrió con su bomba y empezó a trabajar con ella lo más rápidamente posible.

Ella había aprisionado la muñeca con terrible fuerza con la otra mano. Cosa que facilitó en mucho la labor de Bill.

La víbora fue descubierta y muerta.

No había, por lo tanto, duda para ellos que se trataba de la peor de las serpientes.

Hablaba cariñoso y sin cesar a la muchacha para que el choque nervioso no se produjera.

Y dos horas después, estaba considerada fuera de peligro.

Esto hizo que Dilaholané, como se llamaba la joven, le persiguiera a todas horas y se enamorara de Bill. Este trataba de convencerla, pero era inútil cuanto le decía. Le seguía a todas partes y se encargó de sus cosas, que era en la tribu signo de elección.

Las cosas se complicaban con esto y Bill estaba dispuesto al sacrificio antes que dejar a Dean sin su ayuda cuando llegara.

Las fiestas de la luna llena en la que danzaban las doncellas la danza más erótica que hayan inventada los humanos, iba a decidir de la soltería de Bill.

Y faltaban solamente tres noches.

Bill entendía de esta belleza por ser de una raza muy similar, pero le hubiera gustado casarse mejor con una blanca.

Sin embargo, las insinuaciones de Dilaholané le fueron cautivando al fin y se consideraba dichoso con hacerla su mujer.

Cuando solamente faltaban dos noches para la luna llena, se oyó en la selva un zumbido constante que acobardó a todos los salvajes.

El zumbido aumentaba progresivamente en relación con el tiempo y Bill afirmó que su amigo blanco se acercaba.

Y ordenó que se prendiera fuego a las hogueras preparadas en los ángulos del campo de aterrizaje que había construido.

Dean iba observando la selva.

Volaba a poca altura y veía a las fieras que huían despavoridas por los claros que los árboles dejaban ver en el fondo de la selva.

En las llanadas, los antílopes, las jirafas y las cebras hacían competencia al avión en la carrera.

Por fin, vio las cuatro columnas de humo y se encaminó hacia ellas.

No tardó en ver a los salvajes que le hacían señales con la mano. Uno de aquellos salvajes, era su amigo Bill.

Después de unas pasadas para estudiar el campo, descendió y tomó tierra.

Los de la tribu, que estaban asustados del terrible estruendo que hacían los motores, huyeron a la desbandada.

Bill les llamaba sin el menor éxito. Pero cuando vieron descender al amigo de Bill y que este se abrazaba a él, una vez que el ruido de los motores cesó, fueron acercándose y al oír que les hablaba Dean en su idioma le miraban con sorpresa y simpatía.

Hablaron los dos amigos.

Bill dio cuenta de lo que había conseguido con los basutos y Dean habló de lo sucedido con Steel en la capital.

—No ha de tardar, pero aún pasarán varias semanas hasta que

llegue con el safari... —dijo Dean.

—Podemos recorrer entonces los poblados de por aquí —añadió Bill—. Hay que tenerles preparados para cuando lleguen...

—Es peligroso, porque es muy posible que tengan por aquí agentes entre estos salvajes —dijo Dean—. Es mejor esperar que lleguen al puerto.

—Puede costar la vida a esta pobre gente —protestó Bill— si demostramos que son comerciantes de esclavos y de opio...

—Por cierto... Eso es lo que debemos descubrir y nada mejor que el avión. Vas a volar conmigo... Irás pendiente de los prismáticos, de lo que veas... Han de estar por aquí los campos de adormidera... Es la dirección que trae el safari...

—Han podido decir una dirección para ir en otra.

—Ahora no pueden hacerlo...

Y explicó las instrucciones dadas por la oficina de Parques.

—Entonces, no hay duda de que están por aquí. Lo que más les interesa es esa mercancía. Es muy posible que en este viaje no intenten llevarse esclavos.

—No dejarán de hacerlo —dijo Dean—. Ha de suponer un buen ingreso que no lo van a desperdiciar...

Bill se encogió de hombros.

Los salvajes les rodearon, curiosos.

Bill hablaba muy bien de su amigo y les decía que había venido a ayudarles.

A las pocas horas se presentaron algunos de los cazadores de la tribu en que se había refugiado el hechicero expulsado, que hablaban de un enorme pájaro que habían visto caer por allí.

Bill les llevó para que vieran lo que ellos llamaban pájaro y no se atrevían a acercarse.

Estuvieron unas horas con ellos y cuando marcharon, se inclinaban sumisos ante Bill y Dean.

Ahora era cuando les consideraban de veras como dioses.

Pero el hechicero expulsado, al saber de qué se trataba, aunque no sabían explicarse, dijo que mientras ese pájaro estuviera en esas tierras, todos los males acudirían a ellos.

Y se formó un grupo numeroso de guerreros que iban dispuestos ante la arenga de los dos hechiceros, a terminar con los amigos y con el pájaro de la mala suerte.

No iban dispuestos a presentarse como habían hecho antes. Por eso, al estar cerca de la tribu en que se hallaban Bill y Dean, caminaban con toda clase de precauciones.

Fue Dilaholané la que al estar en uno de los huertos, les

descubrió con sus lanzas y escudos. Iban pintados como lo hacían para ir a la guerra.

Y corrió a dar cuenta de lo que pasaba.

—La culpa es mía —dijo Bill—. Debí dejar que mataran a ese rencoroso de hechicero. Están fanatizados por él y van a originar muchas muertes.

—Vamos al avión... Desde él, con el fusil ametrallador puedes terminar con todos en pocos minutos. No se les puede dar más muestras de flaqueza. No habría medio de contenerles entonces.

Bill dijo a los de la tribu que se escondieran y que no salieran de una determinada zona que él les señaló. Y corrió con Dean hasta el aparato, que apenas tardó en poner en marcha los dos motores de que estaba provisto.

Los guerreros que iban con ánimo de matar, se quedaron paralizados al oír el terrible ruido que hacían los motores y ver las hojas secas que volaban a mucha altura impulsadas por el viento de las hélices.

No se atrevían a seguir caminando. Se miraban asustados unos a otros.

Pero recordando las palabras de los hechiceros empujados por la superstición, se pusieron nuevamente en movimiento.

Avanzaban con lentitud mientras el avión se elevaba. Cuando veían la gran sombra que hacía en sus evoluciones, permanecían pegados al terreno.

Al verle encima de ellos pasar veloz, el miedo aumentó.

Bill observaba con los prismáticos, pero la selva era muy espesa y no veía nada.

Aprovecharon para hacer un recorrido por las tribus que habían de ser visitadas por Steel:

El terror cundía en todas ellas con la presencia del pájaro desconocido para ellos.

Cuando volvían a la tribu que ayudó a Bill, vieron a los guerreros de la otra que estaban saqueando las chozas y prendiéndoles fuego.

Descendió el avión lo más que le permitían los árboles y el fusil ametrallador de Bill entró en acción.

Al ver morir a unos cuantos, los atacantes huyeron desesperadamente y entonces dejó caer unas bombas de mano que llevaba Dean. Así como unas pequeñas de aviación.

Los restos de algunos guerreros volaron para aterrar más a los mismos.

—Hay que castigar a esos cobardes —dijo Dean—. Vamos a

deshacer a esa tribu de granujas.

Volaron sobre las chozas de la tribu de los traidores y dejaron caer varias bombas de aviación de diez libras cada una.

Las chozas volaban en mil pedazos y algunas se incendiaron.

Los habitantes huían como locos, pero les perseguía el avión disparando Bill el fusil.

Los que quedaron con vida cuando el avión volvió a su base, buscaron a los hechiceros y les colocaron en el poste de los castigos, considerándoles responsables de la ira de ese pájaro de la muerte al que llamaron Ngofio, que significa eso: "Pájaro de la muerte".

Cuando les tuvieron bien amarrados, esperaron el regreso de los supervivientes para que tomaran parte también en el castigo.

Los hechiceros no hacían más que amenazar con castigos terribles de los dioses, pero nadie les hacía caso ya. Habían perdido toda influencia al no poder evitar la muerte de tantos guerreros y ancianos.

Los que llegaron de la excursión estuvieron de acuerdo con el castigo y fueron los primeros en colocar las lanzas en el cuerpo de los dos amarrados.

Era un espectáculo horrible ver los cuerpos flácidos de los dos hombres cubiertos de lanzas, cada una de las cuales era capaz de producir la muerte instantánea.

Y acordaron que fuera un grupo sin lanzas a pedir perdón a Bill.

Como no habían causado ninguna víctima en el poblado, no les fue difícil obtener el perdón. Miraban con miedo a Dean, al que consideraban responsable de tanta muerte.

Bill les habló de la próxima visita de comerciantes y les preguntó si sabían de algunas plantaciones de fruto desconocido para ellos.

Pero no sabían nada.

* * *

Tres semanas más tarde, salieron con el avión en busca del safari de Steel.

Y no tardaron mucho en descubrirle en un claro de la selva. La dirección que llevaban hizo que Dean volase en la misma.

No veían nada que llamara su atención, hasta que volaron sobre una montaña que había muy cerca de las cataratas.

—¡Observa bien lo que hay en esas mesetas! —gritó Dean a Bill—. Voy a descender mucho...

Y cuando volaban muy bajo, dijo Bill:

—¡No hay duda! Ahí están las adormideras...

Los negros que las cuidaban corrían en todas direcciones al ver

el aeroplano tan cerca de sus cabezas.

Dieron varias pasadas por allí y Steel, que veía el avión, dijo a su acompañante:

—Ese maldito periodista está volando sobre los campos de adormideras. Si se da cuenta de lo que es...

—No creo que conozca esa planta... Es desconocida en América del Norte...

—Pues no me gusta que vuele tantas veces sobre esos campos...

—Creerá que se trata de algodón... —dijo Sam.

—¡No me gusta!... No debí decirle que venía por aquí... Me prometió que llegaría antes que yo y así ha sido.

La radio del avión estuvo comunicando con los puestos móviles de la policía de Tanganyka para comunicar dónde estaba el safari de Steel y dónde se hallaban los campos de opio.

Pero dijo que sería conveniente dejar que cargasen la mercancía para sorprenderles con ella y cuando hubieran cargado, se encargaría el de destruir esos campos de cultivo.

Varios grupos de policías se encaminaban hacia los mismos lugares. Iban a sorprender a Steel en el regreso. Hasta entonces, le dejarían tranquilo.

Estas comunicaciones se hacían en clave convenida con la oficina de Parques de Dar-es-Salaam.

El estar vigilando Steel al avión, le impidió oír los despachos hablados que se cruzaron.

Pero Dean, que llevaba los auriculares ajustados, oyó unas llamadas telerradiadas y supuso en el acto que se trataba del safari.

Escuchó atentamente buscando en la sintonía la respuesta a estas llamadas.

No tardó en encontrarla. Estaba en la misma longitud de onda. Pero también hablaban en clave, por lo que no pudo enterarse de lo que decían.

Sin embargo, al terminar hablaron normalmente, y el que respondía a Steel dijo:

—¡Cuidado con ese avión, Steel!... No os fieis demasiado. Mi hija cometió torpezas allá...

Ya no le cabía duda de que se trataba del padre de Nancy.

Se oyó la voz de Steel hablando en clave.

Steel decía:

—¡Ese idiota de Robinson me ha llamado por mi nombre diciendo tonterías...!

—No te preocupes... Te tiene asustado ese periodista... Lo que quiere son artículos espectaculares. Escribirá sobre las cataratas

por las que ahora está volando.

Pero Steel no estaba tranquilo a pesar de lo que le decía Sam.

—No creo que sea periodista —dijo, preocupado.

—Entonces, ¿qué es lo que crees?

—No lo sé... No es nada definido, pero me produce miedo...

Acaba de decirme Robinson algo que me pone en guardia... Dice que su hija ha cometido torpezas en América y este dice que es periodista americano.

—No te tortures más...

—Luego, las nuevas instrucciones que me ha obligado a decir el itinerario... Son una serie de cosas que forman una cadena de hechos que me ponen en guardia.

—Es que tienes miedo —dijo Sam—. Y en esas condiciones, no has debido venir. Por eso has pedido el doble que otras veces... No necesitas justificar la petición porque ya sabes que estamos decididos a pagarlo y que te he dado las dos terceras partes de lo exigido.

Steel guardó silencio, pero no por ello dejó de pensar en lo que se convertía en una pesadilla para él.

Por su parte, Dean, seguro de que Steel llevaba radio, no quiso volver a llamar. Realmente, nada tenía que añadir a lo que ya había hecho.

Y estaba contento porque había tenido suerte en el descubrimiento de los campos de adormideras, cosa que sin el avión hubiera sido muy difícil o imposible.

Bill se mostraba contento también. Marcharon a la base.

—¿Tendrás gasolina para que volvamos? —preguntó Bill.

—Puedes estar tranquilo... Me sobra para hacer varias visitas a Steel. Estoy seguro que le van a poner nervioso...

—Están lejos para que podamos visitarles a pie...

—No tanto... —dijo Dean—. Unas cincuenta millas a lo sumo.

—Varios días de selva... Cuando llegásemos, ya no estarían allí.

—Me gustaría visitarle.

—No debemos comprometer la empresa con una torpeza. La selva está llena de sorpresas... Ya lo sabes.

—No te preocupes. No iremos. Le visitaremos desde el aire.

CAPÍTULO IX

Steel seguía preocupado y Sam le animaba para que desapareciera el temor de que hablaba constantemente.

Y llegaron al lugar de destino.

Estaban las cajas preparadas para ser llevadas por porteadores.

—Ha volado un avión sobre estos campos —dijo el blanco encargado del cultivo.

—Ya le hemos visto. Es un amigo de Steel, periodista, que quiere escribir artículos sobre la selva y que se ha lanzado en avión hasta esta parte...

—¿Y dónde aterriza? —dijo el encargado de la plantación.

—Eso es lo que no me explico yo —dijo Sam.

—Y eso es lo que me tiene preocupado a mí...

—Hay llanuras que sirven para aterrizar —observó Sam.

Después, ya no se acordaban de nada que no fuera la preparación de las cargas de droga bajo las mercancías que llevaban las cajas.

Estas estaban construidas con doble fondo para esta finalidad.

—Lo que no me atrevo a llevar, es “ébano” —dijo Steel.

—Tienes que llevar... Robinson lo paga bien... Paga quinientos dólares por cada uno y hay treinta preparados. No podemos desdeñar esos quince mil dólares.

—¿Y cuánto es lo que llega a nosotros de esa cantidad? Ab-el-Rafe es el que se lleva la mayor parte... Tendrá que ser él quien venga a por la droga.

—Es él quien sufraga todos los gastos... —dijo Sam.

—Así lo haría yo también... Se cobra con creces y somos nosotros los que exponemos la libertad y aun la vida...

—No debías seguir metido en esto —dijo el encargado del cultivo—. Siempre estás protestando.

—Pero siempre vuelve —dijo Sam.

—No lo haré otra vez...

—Realmente, ya no te necesitamos... Ya conozco bien el camino —dijo Sam.

—Ya sé que es eso lo que buscáis, pero me parece que no serías capaz de salir tú solo de la selva, antes de que se terminaran los víveres... —dijo Steel.

—Puede que estés equivocado —respondió Sam.

—Te dejaré que seas tú el que conduzcas —añadió Steel.

—Y te convencerás de que me he venido dando cuenta del camino.

Steel sonreía.

—La selva parece igual en todas partes. Pregunta a estos salvajes...

El campamento estaba al pie de la montaña en la que se hallaban los campos de droga. Había que andar mucho para llegar a ellos.

Discutían sobre la conveniencia de llevarse a los esclavos y dejar allí a los porteadores, pero estos no querían quedarse. Y eran difíciles de tratar porque estaban acostumbrados a las peleas en los muelles.

Ellos no sabían qué era lo que llevaban en las cajas. Les hacían creer que se trataba de café.

—No creo que encontréis a los policías y si les encontráis, ellos no van a saber el número de porteadores que has traído... —decía el del cultivo.

—¡Ya lo creo que lo saben! Se lo habrán dicho por radio a las bases que tienen en la selva. Si nos encuentran, hablarán con todos y sabrán que habéis convencido a la fuerza para que vengan con nosotros a la mayoría de ellos.

—Puedes quedarte aquí y yo llevo el safari hasta la capital.

—Me parece muy bien —dijo Steel—. ¡Aceptado! Me quedo una temporada de reposo en esta vegetación admirable.

—Pero tendrás que darme la mitad de lo que has cobrado de Ab-el-Rafe...

—Eso no... Es mío y está bien ganado... Cuando llegues, le pides tu parte. Bien puede darla.

—No me dará un centavo y tú lo sabes porque le conoces tan bien como yo.

—Le amenazas con hablar y ya verás si lo suelta.

—Entonces, me matarían sus hombres... —dijo Sam.

—No creo que se atreva sabiendo que estamos nosotros informados. Le dices que si te pasa algo, yo me encargaré de hacer saber la verdad de mis safaris.

—No debierais hacer eso a Ab-el-Rafe. Se porta bien con nosotros. Aunque él gane más, nos paga lo que no conseguiríamos de otro modo...

Después de varios días de estar hablando siempre de lo mismo, convencieron a Steel para que regresara, llevando a los esclavos que habían conseguido unas semanas antes de llegar ellos.

Dean voló sobre el campamento, haciendo señales a Steel, que respondió.

—¿Dónde tendrá el campo de aviación? —inquirió Steel.

A la mañana siguiente de esta visita, se presentó un grupo de policías en el campamento y saludaron a todos.

—¡Hola, Steel! —dijo el jefe del grupo.

Este le miró sorprendido, porque estaba seguro que era la primera vez que le veía.

—¿Es que me conoce? —dijo Steel.

—¡Ya lo creo! Le he visto en Dar-es-Salaam. ¿Van a seguir con el safari?

—No. Regresamos a la capital —dijo Sam.

—Usted, ¿cómo se llama?

—Sam Bradford...

—¡Ah!... El comerciante que visita cafetales —dijo el policía—. ¿Ya han cargado?

—No... No encuentro lo que me interesa —dijo Sam.

—Mal viaje entonces... —comentó el policía—, y ha de resultar caro... Estos guías suelen cobrar mucho. Vive muy bien Steel.

—Iremos a otras plantaciones.

—¿Es que aquí hay alguna? —dijo el policía mirando al encargado del cultivo.

—Todavía no está en pleno rendimiento. Falta una temporada aún —dijo.

—¿Muchas plantas? No he visto nada de café por esta parte. Y es terreno admirable para ello —agregó el policía.

Descansaron unas horas y fueron invitados a comer. Se despidieron tan amigos.

—Ahora ya no hay nada que temer. No encontraréis policías.

—No estaría tan seguro si conociera a estos hombres. Nos van a esperar para ver los portadores que llevo... Se han dado cuenta de que no hay cafetales por aquí. Y hemos cometido una torpeza al hablar de ello...

—Creo que va a ser mejor que Sam se encargue del safari a partir de ahora.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Steel—. Sigue sin gustarme todo esto...

—¡Yo me encargo de ello! —dijo Sam—. Voy a salir tan pronto como llegue el nuevo día...

—Yo me quedo aquí... —dijo Steel.

—¡Es un cobarde, Steel! —dijo el del cultivo.

La pistola apareció en la mano de Steel, que dijo:

—¡Repita eso!

Sam medio para que nada pasara entre ellos.

—¡No se quede aquí, o le pesará! —dijo el amenazado.

—¡Usted sí que es un cobarde! ¡Le voy a matar, para que no pueda insultar ni amenazar a nadie!

—¡Déjese de locuras, Steel!

—¡He dicho que le voy a matar! —añadió Steel sonriendo—. Me he dado cuenta que me odia, o por lo menos que no me estima.

—¡Steel! Tienes que volver en ti... No podemos destrozarnos entre nosotros.

Steel miró a Sam y dijo:

—No creas que no me he dado cuenta de que tenías instrucciones del moro, de eliminarme en este viaje. Cuando me dejas aquí, es porque este lo sabe y será el que se encargue de matarme.

—¡Te digo que no seas loco!... —añadió Sam, que estaba asustado de la actitud de Steel—. No es cierto que tenga órdenes de matarte.

—Me lo ha dicho quien os oyó hablar.

—¡No es cierto! ¡Te han engañado!

—¡Y yo digo que es verdad! Te he vigilado durante el camino... Ahora debía mataros a los dos, pero prefiero que sea la selva la que se encargue de ti... En lo que respecta a este, seré yo el que le mate, antes de que él pueda hacerlo conmigo. ¡Douglas Steel no es tonto!

Sam pudo convencer a Steel, pero sabía que en cualquier momento iba a repetirse la discusión sin que estuviera él para apaciguarles.

Steel se retiró del campamento para pasar la noche lejos, llevándose su tienda y a dos de los portadores que eran sus hombres de confianza.

Muy temprano, se puso en marcha Sam; pero los portadores que habían venido con Steel se negaron a salir con él.

—Es mejor que marches con los esclavos nada más —dijo el del cultivo—. Así verán que vuelve el mismo número de ellos que vinieron.

—No podré hacer carrera de ellos. No creo que pueda ir lejos... Además, no conocen la selva por dónde vamos y no me ayudarán nada en caso de que me extravié.

—Entonces, convence a Steel.

—No lo conseguiré... Y ya sabes lo que tienes que hacer...

No sabían que Steel estaba escuchando esta conversación y que sonreía de una manera especial.

Los esclavos, que estaban atemorizados por el trato dado en los días precedentes, se miraban un poco sorprendidos.

—¡Es una locura meterse en la selva con hombres que no me estiman!

—Les hemos dicho que van a llevar unas cajas hasta la capital y muchos van con deseo de conocer la ciudad... No tendrás ningún contratiempo con ellos y, si protestan, no titubees... Les das con el látigo. Es lo mejor que entienden y lo único que les convence.

Sam se decidió y puso en movimiento el safari con treinta cajas de droga y comida.

El peso habitual que se carga a los porteadores en África, son treinta libras y ellos llevaban más de sesenta cada uno.

Al reducir a la mitad el número de cajas, hubo que aumentar el doble el peso a transportar por cada hombre.

Los porteadores que habían ido con Steel y que hablaban algunos el inglés dijeron a Sam:

—Esos hombres no soportarán ese peso y tendrá más de la mitad de bajas antes de salir de esta parte de la selva.

—Yo les haré, caminar —dijo Sam.

El porteador que había hablado y que tenía una gran experiencia en el oficio, se dejó caer en el suelo a la sombra de un cocotero.

Sam hacía restallar el látigo para que la marcha fuera rápida.

—¡Ese hombre no tiene idea de lo que es un safari y no llegará muy lejos! —dijo el porteador al encargado del cultivo.

—Vosotros ya podéis buscar comida. No os daré —dijo al porteador.

No respondió el negro.

Pero una hora después y cuando ya no se oían los gritos de Sam, volvió a decir lo mismo de un modo amenazador.

—¡No os preocupéis! —llegó diciendo Steel en el idioma de los negros—. Este caballero nos va a dar de comer todo lo que necesitamos. ¿Verdad?

En la mano derecha llevaba una pistola empuñada.

Retrocedió asustado el que amenazaba a los negros.

—¡Yo...! —empezó a hablar.

—¡No se preocupe! He oído lo que decía Sam. ¡No debe olvidar su encargo!

—Yo no estaba de acuerdo y...

—¡Es un embustero además de cobarde! No puedo tener descuidos y dejarle con vida sería estar siempre alerta... Sobre todo, si puede contar con los hombres que hay arriba, en las plantaciones.

Dio un agudo grito de llamada en el momento en que Steel oprimía el gatillo y mataba al encargado de la plantación.

Pero el grito debió ser oído por los hombres a quienes iba dirigido. Y Steel preparó la defensa.

Aunque entendiendo que era lo mejor la huida, dijo a los portadores que recogieran el campamento y se llevaran todo lo que hubiera de comida, aparte de lo que Sam había dejado para ellos.

Se movieron con rapidez mientras Steel vigilaba la montaña con su fusil automático.

Los de la montaña, que habían oído perfectamente el grito de auxilio de su jefe no fue mucho lo que corrieron. Era la consecuencia de ser castigados con dureza. Si Steel lo hubiera sabido, no se hubiera precipitado tanto. Pero cuando los de arriba llegaron a la parte en que estaba el campamento, ya estaban en marcha los portadores.

Steel se hallaba dispuesto a marchar hacia Kenia y no a Tanganyka, pues sabía que el árabe mandaría que le mataran en cuanto supiera que se encontraba en la ciudad.

Sabía orientarse, y aunque no conocía muy bien esa parte por no haber estado en ella estaba seguro de que conseguiría llegar al ferrocarril que llevaba a Nairobi.

Los disparos realizados por Steel atrajeron a los policías que estaban cerca en espera de recibir órdenes para intervenir.

Se encontraron con los trabajadores de la plantación, que les dijeron lo del grito de su jefe, que estaba muerto allí.

El jefe del grupo ascendió a la montaña, comprobando que se trataba de un cultivo que él no conocía. Pero había oído decir al jefe de ellos que se trataba de una droga.

Los encargados de trabajar en la plantación, ignoraban la importancia que esto tenía. Por eso no trataron de huir y el policía se dio cuenta de ello.

Pero dejó a unos policías allí para que fueran a visitarlo los que entendían de esas cosas.

Enterraron al muerto y comunicaron que unos habían marchado en una dirección y otros en otra.

Estas noticias fueron captadas por Dean, alguien dijo a Bill:

—Me parece que ha terminado nuestro trabajo aquí. Hemos de ir a Kenia para que no pueda escapar a su castigo ese Steel, que presume de listo. Debe haber comprendido que hay peligro en la selva para él y ha decidido dejar a ese falso comerciante que vaya con los esclavos. El marcha con sus portadores a Kenia con ánimo de embarcar para Europa o América. Debe tener el dinero colocado

en algún país lejano.

Bill no decía nada. Escuchaba solamente.

—Lo que hay que evitar es que salgan más esclavos de aquí... — dijo.

—De eso ya se encargarán las autoridades de Tanganyka. El padre de Nancy ha de estar muy vigilado.

—Es que a ellos se les puede escapar y a nosotros no.

—No se les escapará. Tienen instrucciones completas, y muy claras.

—Estaría más tranquilo si estuviéramos nosotros en Dar-es-Salaam.

—Te digo que nada tienes que temer. Además, estoy en contacto constante con ellos por radio.

Bill se calló, pero no se quedó muy tranquilo.

Dean estuvo llamando a las autoridades de Kenia notificándoles que iba un guía con porteadores procedente del Lago Victoria, y que de no llegar él antes por avería en el avión, debía ser detenido. Añadió que se trataba de quien habrían recibido noticias por la Embajada inglesa en Washington y que había ido para descubrir el comercio humano que se estaba realizando.

Cuando respondieron que estaban de acuerdo y que habían recibido la notificación de su salida de América, Bill quedó más tranquilo.

Dean dio el nombre del guía, ya que llevaba la documentación a ese nombre, de Douglas Steel.

Se despidieron de los de la tribu y la muchacha que se había enamorado de Bill quedó muy triste.

Había quedado encargada por este de utilizar la bomba extractora de veneno, ya que Bill le había enseñado su manejo.

Montaron en el avión y se pusieron en marcha, saliendo toda la tribu a despedirles.

* * *

Steel, ajeno a lo que se cernía sobre él, seguía caminando hacia Kenia con los porteadores que llevó de Dar-es-Salaam.

El camino no era fácil y la selva, aunque no tenía secretos para él en lo que hacía referencia a sus habitantes, le era desconocida en esa parte.

Todo marchaba bien, hasta que tropezaron con una manada de elefantes que pasaban tranquilos, pero uno de los porteadores, considerando que se trataba de uno despistado, que era el que iba en primer lugar, le atacó con la lanza y los otros le ayudaron para

arrancarle el marfil.

Steel no se opuso porque ello le iba a servir de pretexto para entrar en Kenia.

Tuvieron que huir a la desbandada cuando acudió el resto de la manada.

Esto les hizo perder algunos días, pero como habían matado a seis elefantes, recogieron el marfil de ellos.

Y unos días después, uno de los porteadores no vio a una boa, que le enlazó con fiereza, matándole en el acto, aunque ella fue muerta por los compañeros del difunto.

Otro día tuvo dos bajas por mordedura de mamba. La pareja mordió a un porteador, cada una de ellas.

No pudieron hacer nada por estos. El “shock” nervioso, al conocer la peligrosidad de la serpiente, les mató tanto como el intenso veneno que introdujeron en su sangre.

Tuvieron que soportar dos tormentas horribles y uno de los rayos, que partió dos árboles cerca de ellos, le mató a otro porteador.

Steel decía que era la vez que más desgracias había tenido entre sus hombres.



Disparó rápidamente...

CAPÍTULO X

Sam seguía al frente del safari sin descuidar la vigilancia y teniendo que golpear con el látigo a los portadores que iban demasiado cargados para caminar tanto por la selva.

Cada vez que escuchaban el rugido del león, abandonaban la carga y salían corriendo.

Estaba acostumbrado a los hombres de Steel y no comprendía ese miedo tan intenso que tenían al león, cuando es una de las fieras que mejor se combaten porque da la cara siempre.

A los cuatro días de marcha, una serpiente enorme, de unos catorce pies de larga, estaba en el centro del estrecho paso por dónde tenían que atravesar ellos.

Sam, que no estaba tan acostumbrado a estos animales como Steel, le echaba de menos.

Disparó sobre la serpiente, fallando porque estaba nervioso.

Las sacudidas que daba el animal a quién le rozó la bala, hizo correr a todos, hasta que uno de los basutos, con su lanza, consiguió clavar el cuerpo terrible del ofidio en el suelo.

Pero necesitó que otro le clavara la lanza en la aplastada cabeza para que tuvieran libre el paso.

Y cuando llevaban una semana de camino, Sam, estaba seguro de que se había perdido en la selva y los alimentos estaban calculados para los días que había hasta llegar al ferrocarril.

Los basutos se dieron cuenta de que se había extraviado y le miraban con interés cada vez que ordenaba plantar el campamento.

Sam tenía que entenderse con ellos por señas. No hablaba una palabra de ese enrevesado idioma.

Sabía que de querer ellos, le matarían mientras durmiera y esto le hacía mantenerse alerta, pero a los cuatro días, no podía tenerse de sueño.

No encontraba nada de lo que le iba a servir de referencia para llegar al ferrocarril.

Y empezó a hacer caminar más aprisa a los portadores a fuerza de golpes de látigo.

Dos de ellos no se levantaban del suelo. Estaban agotados. Comprendió que era una locura lo que estaba haciendo. Pero no podía dominar el miedo, que era el que le obligaba a proceder así.

Por las noches estaba febril, porque no quería dormirse y no

resistía despierto.

La tercera semana mandó a por carne a los porteadores, aún a trueque de que se le escaparan.

Fueron cinco y no volvió ninguno.

Esto, le puso más nervioso.

Sabía que los otros harían lo mismo. Y él solo, moriría en la selva. No se atrevió a enviar a nadie más a por carne. Llevaba el rifle siempre en la mano, dispuesto a disparar.

Se metía por las noches en su tienda, que cerraba lo mejor que podía.

Al principio de la cuarta semana, marcharon otros cinco durante la noche.

Sam, ciego de ira, golpeó a los que quedaban.

Cuando les estaba golpeando aparecieron los policías, que le miraron extrañados.

Nunca sintió más alegría que al verles.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Por qué pega a estos hombres?

—Son unos rateros y unos cobardes. Se me han escapado diez...

—¿Quién manda este safari? —dijo el policía que interrogaba.

—Yo.

—¿Cómo se llama?

—Sam Bradford.

—¿Es usted jefe de safari?

—Soy comerciante...

—¿Qué ha hecho de Steel? ¿No era él quien mandaba a estos hombres?

—Hemos reñido y me dejó solo con ellos... Creí que encontraría el camino para ir al ferrocarril y me he extraviado.

—Va bien... Solo le quedan unos días de jornada hasta Tobará —dijo el policía.

Los ojos de Sam se abrieron con sorpresa.

—¿Es cierto? —dijo.

—Ya lo creo... ¿Tiene el permiso para conducir safari por la selva?

—No... Ya le he dicho que he reñido con Steel.

—¿Son estos sus hombres?

—Sí.

El policía habló con ellos en inglés.

—No hablan inglés —dijo Sam.

—¿No? Los hombres de Steel lo hablan todos. No muy bien, pero lo entienden —dijo otro policía.

Sam estaba nervioso.

—Pues estos son los que él trajo...

—¿Está seguro? —dijo el policía, mirando con fijeza a Sam—. ¿De dónde ha sacado estos hombres?

—Le digo que son los que trajo Steel... —dijo Sam un poco arrogante—. Soy un comerciante inglés que tiene derecho a que se le respete.

—Y nosotros le respetamos. Lo que quiero es que nos diga de dónde sacó estos hombres y por qué no vuelve con el safari de Steel.

—Ya le he dicho varias veces que he reñido con él... Y es cierto que no son sus hombres... Los he conseguido en un poblado...

—¿Quiere decirles que hablen ellos?

—No entiendo su idioma.

—¿Cómo se arregló entonces para contratarlos? ¡Será curioso saberlo! Son basutos y estos rara vez acceden a trabajar para un safari.

—Pues, accedieron... El jefe entiende nuestra lengua y fue el que habló con ellos...

El policía habló en basuto con uno de ellos. Este empezó a hablar con rapidez.

Sam estaba temblando.

—Dice que no ha sido usted el que estuvo en el poblado y les llevó a la fuerza hasta el pie del Lago Victoria. Que allí les hicieron trabajar en una plantación y que luego les ha traído usted golpeándoles siempre.

—¡No haga caso a estos leprosos!

—Este hombre está diciendo verdad y coincide con lo que nos han contado cinco que escaparon anoche de este campamento —añadió el policía.

—¡Ellos qué van a decir!

—Repito que dicen la verdad... No me gusta esto... Tendremos que llevarle con nosotros hasta que se aclare lo que ha pasado con Steel... Es posible que le haya matado...

—¡No! ¡No le he matado! ¡No es cierto! —gritaba Sam.

—Todo lo aclararemos cuando aparezca Steel —dijo el policía—. ¿Qué clase de comercio es el suyo?

—Café, pero no he encontrado nada que me satisfaga...

—¿Qué cafetales ha visitado?

Sam sudaba copiosamente.

—Era Steel el que los conocía... El habló con ellos y no me convenía el precio. Trataban de abusar de mí. Culpé de ello a Steel y por eso hemos reñido.

—¡Registren esas cajas! —ordenó el policía a sus hombres.

Los policías obedecieron. Sam estaba tranquilo.

—¡No hay nada! —dijo uno de ellos.

Sam respiró.

—¡Veamos! —dijo el jefe.

Y se acercó a una de las cajas en la que habían metido las cosas. Con una vara que llevaba en la mano, la metió por dentro y luego midió por fuera.

Se echó a reír y dijo:

—Rompan esa tapa que hay en el fondo...

Sam creyó morir...

Lo hicieron los policías y, el jefe, al ver lo que salía de dentro, exclamó:

—¡Adormideras! ¡Opio!

Y miró a Sam, que estaba como un muerto.

—¿De modo que se dedica a café, verdad? ¡Atenlo bien seguro! Esto le costará seguramente la vida...

Sam se echó a llorar.

—¡Nada de lloros! Ha mentido demasiado... No puedo creer en usted ya.

—No soy el responsable de esto... Es obra de Steel. No sabía lo que traían esas cajas...

—¡Será mejor para usted que diga lo que sepa! No creo que sea un alivio para usted que, mientras le fusilan, otros se diviertan con lo que han ganado.

—¡Le digo que no sabía lo que traían esas cajas! Creí que eran de víveres... Es obra de Steel, que no ha querido le sorprendan con ellas y ha hecho que las traiga yo...

—¿Cuánto paga Robinson por cada negro de estos?

Sam se quedó paralizado.

Esto demostraba que estaban enterados de todo...

No era una casualidad haber encontrado a esos policías. Era que le buscaban.

—No sé nada de lo que me dice ni conozco a ese personaje —dijo.

—Y la droga, ¿a cómo la paga Ab-el-Rafe?

Esto le confundió aún más.

—¿No es cierto? —dijo otro policía—. Pero no sabe lo mejor... Que ha sido Ab-el-Rafe el que le ha denunciado a usted porque ha conseguido meterse en la parte de Kenia.

—¡Es él! ¡Sí! Pregunten a Steel.

—¿No decía que no sabía nada? —dijo el jefe de los policías.

—¡Es él quien la envía a América en el barco de Robinson! ¡Ellos

son los que ganan muchos dólares!

—Esto está mucho mejor. Le conviene hablar...

Sam lo hizo ampliamente y dijo dónde estaba el puerto al que habían de llevar los esclavos y la mercancía, y que no era el mismo que lo habían hecho hasta entonces y que se hallaba vigilado.

Sam fue amarrado y los basutos aceptaron llevar las cajas hasta el ferrocarril a cambio de muchos víveres y la seguridad de que volverían a su poblado.

* * *

Fue comunicado a la Central lo que había confesado Sam.

Uno de los empleados de Parques, se presentó en casa de Ab-el-Rafe para pedirle que fuera a la oficina donde querían pedirle presupuesto de un suministro de víveres y ropa a las agencias dependientes de ella.

El espíritu avaro del árabe, le impidió ver la trampa y se presentó poco más tarde, en la oficina del jefe.

Después de algún tiempo de espera, le hicieron entrar en el despacho del jefe.

El árabe saludó untuoso y el jefe le dijo:

—¡Siéntese! Gracias por haber venido...

—Ya sabe que me tiene siempre a su disposición... —dijo el árabe.

—Gracias otra vez.

—¿Qué es lo que quieren de mí?

—¿Sabe dónde está ahora su amigo Sam Bradford?

El árabe se puso en guardia.

—Creo que marchó en busca de una partida de café... Se dedica a ello.

—¿No iba Steel, el guía, con él?

—Sí. Eso es lo que acordaron, desde luego...

—Steel está en Kenia —dijo el jefe.

—¡No es posible!

—Está en Kenia y al ser interrogado sobre el motivo de que haya ido a ese territorio cuando es aquí dónde está autorizado como guía, ha hablado de usted.

El jefe se detuvo y observó el sudor que cubría la frente del árabe.

Permaneció en silencio, esperando que continuara el jefe.

—Ha hablado de usted y no muy bien, por cierto —añadió este.

—Nada tiene en contra mía...

—Steel se llevó los porteadores que le han servido siempre y

Bradford se puso en camino con bastantes Basutos... ¿Sabía algo de esto?

—¿Cómo iba a saberlo yo, si no me he movido de aquí?

—¿Cuándo espera Robinson la droga y los esclavos?

El sudor del árabe se hizo más copioso. Acababa de convencerse que había caído en una trampa...

—¿Se refiere al capitán Robinson, del “Cruz del Sur”?

—Al mismo.

—Hace mucho tiempo que no le veo.

—¿No le dijo anoche por radio que estaba impaciente y que era preciso tener mucho cuidado?

—¿A mí? ¡No!

—Que traigan la copia de la conversación de anoche, en árabe, entre Robinson y este —dijo a un empleado que había allí.

—Yo no he hablado con nadie... Yo...

—¡Un momento! Va a leer lo que sabe de memoria, ¡No somos tontos, amigo!

El árabe seguía sudando y no se atrevía a replicar.

—Tengo además una declaración de Sam Bradford muy interesante... También se la daré a leer... Viene detenido. Le cogieron en la selva con unas cajas llenas de opio, pero asegura que son de usted, que es el que le envió a buscarlas a una plantación al lado del Lago Victoria, que está custodiada por la policía. El encargado de esa plantación ha sido muerto por Steel porque sabía que Bradford tenía orden de usted de matar al guía por haber pedido el doble de lo que acostumbraba a darle.

Los datos eran abrumadores.

—No es posible que hagan caso a unos aventureros cuando me conocen de hace años y saben que soy una persona digna y seria...

—Hemos oído su conversación con Robinson y este afirma que estaba de acuerdo con usted... Es el que se llevaba los esclavos y la droga. Han ganado una fortuna, pero no han tenido fuerza de voluntad para dar por terminado el asunto...

—Le aseguro, señor, que no sé nada de lo que me están diciendo —dijo, sereno.

—¡Es inútil que niegue! —dijo el jefe.

Le entregaron la copia de la conversación y la puso ante el árabe, que leía, extrañado. Era exacta en todo.

Estaba tomada y transcrita en árabe.

No se perdonaba la torpeza de haber atendido la llamada de Robinson.

También le pusieron delante, la declaración de Bradford, que

estaba llena de datos.

Pero él siguió negando.

—Pronto estarán ante usted los dos: Robinson y Bradford —dijo el jefe—. Veremos si niega ante ellos.

Fueron interrumpidos por un policía.

—Hemos encontrado en el almacén del árabe una buena partida de opio...

—Y ahora, ¿qué dice? ¿Sigue negando?

—Lo habrán puesto para comprometerme...

—Debiera darse cuenta de que ha perdido... Ha estado algunos años ganando. Hay que saber perder... Que le encierren bien y que no hable con nadie.

El árabe salió abatido de la oficina y pensando que había entrado en ella, pensando en hacer un buen negocio.

Fue encerrado.

* * *

Steel vio al avión sobre ellos y se escondió en el bosque con todos los hombres que le restaban.

Pero habían sido vistos por los dos amigos, que comunicaron a los puestos fronterizos la dirección que llevaba.

Y desapareció el avión.

Para Steel era una sorpresa que fuera en esa dirección; pero luego pensó que el periodista se dedicaba a recorrer las partes más cerradas de la selva para tomar fotografías, que enviar a su periódico.

No volvió a acordarse más de él en los días que pasaron hasta que se vio ante un grupo de policía de Kenia.

—Permite que vea su documentación, ¿verdad? —le preguntaron —Es que en esta parte se ocultan los del “Mau-Mau” y hemos de vigilar estrechamente. Detengan a esos hombres —dijo el policía, por los portadores de Steel.

—No tenemos nada que ver con esos bandidos —dijo Steel mostrando su documentación.

—Esto es Kenia y la autorización que muestra es de Tanganyika... No puedo saber si es legítima o no... Tendrá que venir con nosotros hasta que se aclare, telegrafando a Dar-es-Salaam.

Steel no se opuso, porque no quería que le tomaran por uno de los del “Mau-Mau”.

Y fueron conducidos al puesto fronterizo y de allí a Nairobi.

En el cuartel de la policía le miraban con desconfianza.

Al interrogarle, le dijeron:

—¿Qué es lo que hace en Kenia? ¿Tiene amigos que le conozcan?

—Hay un explorador que me ha conocido en Tanganyka... Se llama Loverett.

—Sí. Vive aquí. Haremos que venga para ver si le reconoce. ¿Es que viene a visitarle?

—No es que venga a visitarle... Es que desde el Lago Victoria me encaminé aquí porque me he enterado que querían matarme... Es una historia un poco larga...

Y Steel afirmó que no sabía lo que contenían unas cajas que los portadores llevaban porque estaban cerradas y que había sabido por casualidad que se trataba de opio.

Refirió que había tenido que matar al encargado de la plantación y que se negó a llevar las cajas que contenían la droga.

Habló de que habían llevado en otros viajes portadores que contrataban los que negociaban con el opio y supo más tarde que se los llevaron a América para ser vendidos...

Que no se atrevió a hacer una declaración en Tanganyka porque Ab-el-Rafe tenía muchos hombres a su disposición y le hubieran matado.

Fue una declaración muy extensa. Y añadió:

—Esta es la verdad de mi viaje a este Territorio.

El jefe de la policía quedó un poco suspenso.

Salió unos minutos y se entrevistó con Dean y Bill.

Cuando Dean supo lo que había dicho, manifestó:

—Es un hombre inteligente, pero está tan comprometido como los otros. Sospechó de mí y sabe que debe estar todo descubierto. Quiere salvarse. Deben detenerle a pesar de lo que diga. Ya verán cuando “canten” los otros como es uno de tantos...

El jefe de policía volvió a su despacho y dijo a Steel:

—Debe quedar detenido hasta que comprobemos si es verdad lo que dice.

—Me parece natural que hagan las comprobaciones precisas... Pero deben soltar a los portadores que no sabían ni saben nada.

Dean estaba un poco contrariado por la actitud de Steel.

No esperaba que fuera así.

Su sorpresa fue mayor, cuando le llamó el jefe de policía para decirle:

—Acabo de celebrar una conferencia con Tanganyka... Ha sido Steel el que puso en guardia a las autoridades de allí de lo que pasaba con el árabe y el capitán Robinson... y ha resultado que es uno de los agentes más estimados en ese Territorio. Viene en avión el jefe de la policía de allí.

Esto sí que era una sorpresa para Dean.

Horas más tarde estaba reunido con los policías y hubo de inclinarse ante el cúmulo de pruebas en las que se demostraba que Steel era una persona honrada. Había sabido por casualidad lo de la droga y trata de esclavos. Le engañaban a él también...

Cuando soltaron a Steel y este vio a Dean, le dijo:

—No creas que me engañaste.

Dean se echó a reír.

No pudieron hablar más por estar los policías delante.

Dean dijo que marchaba a Dar-es-Salaam. Presentó a Bill.

Y estando en la capital de Tanganyka, supo que Steel había desaparecido, suponiendo que marchó en algún barco hacia la India.

De la declaración del árabe al saberse descubierto, se dedujo que quiso matar a Steel para poderse quedar con más dinero, porque era el jefe de todo.

Dean se echó a reír y dijo:

—Por algo me resistía a creer en la honradez de ese hombre. Si me hubiera hecho caso a mí...

—Es que se ha escapado el jefe de la policía de aquí... Ha marchado con él.

—Otro granuja... —comentó Dean.

* * *

El padre de Nancy fue detenido valiéndose de una pequeña trampa.

Se presentó en el barco un hombre para decir al capitán que el árabe quería verle en su casa aquella noche, ya tarde.

Debía entrar por la ventana que ya sabía.

Preguntó Robinson si pasaba algo.

—Solo me han dicho esto.

Y Robinson cayó en la trampa.

Cuando entraba en la habitación por la ventana, fue detenido por la policía.

Supo que había sido descubierto todo y que el árabe había declarado de plano.

Se quedó sereno y echóse a reír, diciendo:

—¡Todo esto por una torpeza de mi hija y las mayores de Benjamín!

No tuvo inconveniente en hablar extensamente y lo hacía con satisfacción afirmando que se había reído de la policía de todos los países y de las autoridades de inmigración de los Estados Unidos al

introducir esclavos negros en el año 1954 sin que se dieran cuenta de ello.

Daba la impresión de que se trataba de un loco.

No quiso decir las plantaciones de opio que había en la Unión impuestas por él, diciendo que era misión de la policía.

Y aquella noche se suicidaba en la prisión.

Benjamín fue muerto a tiros cuando se presentaron en el barco a detenerle porque se hizo fuerte en el camarote.

Nancy no supo cómo había muerto su padre.

Se le hizo creer que había sido por enfermedad.

* * *

Dos años más tarde, recorría África el matrimonio Norton, y estuvieron en el poblado en que Bill pasó una temporada como el curandero oficial de la tribu.

Les recibieren con agrado y hasta con cariño.

La muchacha que se enamoró de Bill ya tenía dos hijos. Se había casado con uno de los cazadores oficiales.

No se atrevió a preguntar por Bill, que a su vez se había casado en la Unión con una profesora de la misma Universidad en que él trabajaba.

FIN

*El rostro del hombre se
contrajo de terror an-
te la proximidad de la
muerte...*

¡Así morían diariamen-
te muchos seres ino-
centes, víctimas de la
horda más despiadada
de todos los tiempos!



Este es el clima emocional que palpita en las pá-
ginas de

MURAMOS JUNTOS, QUERIDA

Una de las más apasionantes y audaces novelas, del
famoso

SILVER KANE

quien con este relato inicia su colaboración en la
trepidante

Colección CONGO

No olvide adquirir la próxima semana

MURAMOS JUNTOS, QUERIDA

¡Un título que usted recordará siempre, por la
emoción de su argumento!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

488. — Armando Sandoval
NAUFRAGOS DEL DESTINO

COLEC. "MADREPERLA"

384. — Víctor Sanmartín.
FUEGO EN LA CUMBRE

COLECCION "ROSAURA"

328. — Nylhama.
LOS CAMINOS DE LA VIDA

COLECCION "ANAPOLA"

214. — G. Colomer.
EL AMOR ENCADENADO

COLECCION "ALONDRA"

167. — Jesús Navarro.
ESTAS EN MI CORAZON

COLECCION "CAMELIA"

108. — Josefina María Rivas
ELLA GANA SIEMPRE

COLECCION "ORQUIDEA"

78. — May Carré.
LOS APUROS DE UN TUTOR

A 5'50 ptas.

COLECCION "BISONTE"

429. — Keith Luger.
TRES FORAJIDOS Y UNA
MUJER

COLECCION "BUFALO"

126. — Alone Gregory.
SIN DARSE TREGUA

COLECCION "CONGO"

20. — M. L. Estefanía.
CONTRABANDO DE EBANO

COLECCION "PANTERA"

63. — Meadow Castle.
LEGADO MALDITO

COL. "SERVICIO SECRETO"

295. — Alar Benet.
NOCHE DE ANGUSTIA

COLECCION "PRACTICA"

LA FELICIDAD EN EL
MATRIMONIO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona n Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



¿Sabe usted, amable lector, la perniciosa acción que las toxinas ejercen en su organismo?

Es de suma importancia para usted conocer el contenido del volumen número 12 de la prestigiosa y moderna

ENCICLOPEDIA DE LA SALUD

que lleva por título

ELIMINE SUS TOXINAS

¡Todo cuanto se sabe y debe usted aprender acerca de las afecciones por ellas provocadas!

Adquiera antes de que se agote

ELIMINE SUS TOXINAS

¡Un título que debe tener siempre bien presente!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio de venta: 15 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*¿Va usted a contraer
matrimonio?*

¿Se ha casado ya?

En cualquiera de estos
casos, le interesa cono-
cer el contenido de

LA FELICIDAD EN EL MATRIMONIO

Un nuevo título que la famosísima

COLECCION PRACTICA

le brinda esta misma semana

LA FELICIDAD EN EL MATRIMONIO

se basa en múltiples detalles que usted debe cono-
cer para conseguir la paz y la dicha conyugal

Adquiera, pues, este volumen y lea con detenimien-
to su contenido

¡Es un consejo que nos agradecerá!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



UNA DECISIVA OPORTUNIDAD

*Puede representar para
usted la lectura de los
volumenes de la colec-
ción*

RADIO MONTAJES

pues le permitirán adquirir la más eficiente preparación en RADIO, T. V. y ELECTRONICA, de acuerdo con los más modernos métodos y adelantos de EUROPA y AMERICA

Acaba de aparecer el volumen n.º 11 de

RADIO MONTAJES

con él podrá construir MAURITANIA, Superheterodino de 6 válvulas con 4 gamas de onda e indicador de sintonía

Hallará además en el volumen n.º 11 de

RADIO MONTAJES

una detallada explicación de diversos montajes y circuitos, todos ellos utilísimos para el radiotécnico

¡No deje de adquirirlo!

Precio de venta: 15 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡UN LIBRO INOLVIDABLE!



NO SERÁS UN EXTRAÑO

¡El mayor éxito literario de los últimos años en
Estados Unidos!

¡La más sensacional película realizada últimamen-
te en Hollywood!

NO SERÁS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thompson*, que ha per-
manecido durante 18 meses a la cabeza de los
bestsellers norteamericanos

¡Una ocasión única para usted!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

Precio: 100 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Julia Adams

N.º 232 Esta actriz, cuyo verdadero nombre es Betty May Adams, nació en Waterloo, (Iowa). Contrajo matrimonio con Leonard Stern, de quien está divorciada. Sus películas más recientes son "Horizontes lejanos" y "La mujer y el monstruo" Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5159 pts. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 3'50